

EL CUERPO OCULTO

El rapto

LA NIÑA: La noche está muy oscura. Mi amiga Alba no me habla. Camina despacio como si le pesara el rencor en el cuerpo. Se habrá enfadado cuando hablé con su amigo. Y eso que ni siquiera llegué a besarlo, aunque él me acercó los labios tres veces.

LA AMIGA: Mi amiga si es que la puedo llamar mi amiga camina demasiado rápido mientras tararea la canción que bailó con él toda la noche aproximándole sus morritos de zorra. A veces me da un codazo para que cante con ella, pero no está el horno pa bollos. Por qué me habré puesto estos zapatos. Se me salieron al bailar tres veces e hice el ridículo. Y encima los dos se rieron diciéndome que llevaba zapatos de vieja. No quiero quejarme otra vez de estos zapatos, para que ella se ría en mi cara. Ya me he quejado tres veces, aunque ella dice que me quejo por todo. Que estoy todo el rato quejándome.

LA NIÑA: Mi amiga está rara. Cuando le pongo la mano en el hombro noto el hueso rígido como el de un muerto. Desde que salimos de la discoteca no me ha mirado a los ojos. Y además camina demasiado despacio, para restregarme su rabia en la cara. Mis padres se van a preocupar si llego tan tarde.

LA MADRE: Ya es tarde. Irene debía haber llegado ya. Un día o una noche nos va a dar un buen susto.

EL RAPTOR: Ya la siento subirse a la higuera. Como todos los sábados. El pecho me da coces de una felicidad muy negra.

EL TESTIGO: Parece que se oye ruido en la higuera como si una chiquilla se estuviera encaramando.

LA AMIGA: Otra vez le da la puta rayada de subirse a la higuera. Está gilipollas perdida. Con el pedal que lleva se va dar un morrazo de bruces y no lo va a contar. Paso olímpicamente de sus rayadas. No sé como la dejé beber tres cubatas. Así se puso a zorrear con mi amigo. Y si se bebe uno más le mete la lengua hasta la garganta.

LA MADRE: Parece que ha sonado la verja del jardín O es en la casa del vecino.

EL RAPTOR: Ahora seguro que la muy putilla hará lo de siempre para ponerme a doscientos por hora.

LA AMIGA: ¿Por qué no te bajas del árbol, Irene?

EL RAPTOR: Y se meterá una breva madura entre las piernas para embadurnarse el chocho de pepitas rojas.

LA AMIGA: ¿Por qué no te bajas de ese puto árbol? Me tiene hasta los cojones, Irene con sus rarezas. Todos los putos sábados se sube a este árbol a mear la borrachera que lleva encima. Como no sabe beber. Y es una pija subida, que se emborracha con crema de whisky.

EL RAPTOR: Y ahora se pondrá a mear con su chochito de coliflor la muy putilla.

LA AMIGA: Mira Irene. Quédate ahí a vivir en el árbol y cómete todos los higos. Yo me abro. Me duelen los pies.

EL TESTIGO: Me parece oír a mi hija discutir. Hay veces que ella me mira con unos ojos viejos como los de su madre antes de tirarse al pozo.

LA AMIGA: Te vas a caer del árbol y te vas a romper la cabeza. Y deja ya de mear, guarra. Lo podías hacer en tu superchalet adosado con cuatro baños superalcatados.

LA NIÑA: Multiplícate por cero. Y no pongas voz de pija o te meo en tu cara de verdulera autista.

LA AMIGA: Bájate del árbol, zorra. No sabes ni lo que dices.

LA NIÑA: No es un árbol es una higuera, chaval. Llama a las cosas por su nombre.

LA AMIGA: A mí no me llames chaval. No te pega. No te pega nada.

EL RAPTOR: La muy putilla me mira, me busca los ojos en la oscuridad, mientras se mea de gusto en la rama de la higuera y se restriega una breva madura contra su coñito en flor.

LA AMIGA: Eres una guarra. ¿Lo sabes?

LA NIÑA: Ummm... es que una se queda tan bien después de esta meadita de vértigo en las alturas... Mira, ves el arco iris. Mi meadita es como la vía láctea para esas hormiguitas.

LA MADRE: Voy a levantarme a tomarme una valeriana. A ver si me tranquilizo. Me vienen pensamientos demasiado negros. He soñado con mi hija que bailaba desnuda en la playa entre un grupo de viejos que le tiraban monedas mientras bebían en silencio.

LA NIÑA: ¿Te molestó que bailara con tu amigo, verdad?

LA AMIGA: Qué dices. Si a mí ese niño no me pone nada.

LA NIÑA: No es un niño. Tiene 19 años.

LA AMIGA: Es una forma de hablar.

LA NIÑA: ¿Te molestó que bailara con tu amigo, verdad?

LA AMIGA: Te estás rayando un poco, no, guapa.

LA NIÑA: Siempre usas esa palabra. Rayar, raya, rayar. Y ya me raya. La usas a todas horas. Podías cambiarla. Seguro que hasta la usas en tus pensamientos.

LA AMIGA: Es que una no es tan culta ni tan lista ni tan sabelotodo como tú.

LA NIÑA: Yo no sé nada. Yo solo sé que me gusta mear subida en esta higuera. Es lo único que sé. ¿Te molestó que bailara con tu amigo, verdad?

LA AMIGA: Déjame en paz. Ya no te soporto.

LA NIÑA: Me gustas, Alba. Me gusta como eres. Eres igual que mi padre. No sabes enfadarte. Por mucho que te lo propones, no sabes enfadarte. Y querría ser amiga tuya hasta los 80 años.

LA AMIGA: ¿Qué has dicho? No te oigo. ¿Por qué has subido tan alto?

LA NIÑA: Para decirle un secretito a la última hoja de la higuera. ¿Por qué no subes conmigo y te cuento a ti también el secreto?

LA AMIGA: Mira, tía... por mí... quiero irme, y me he apartado del árbol unos metros, pero me cuesta irme sin despedirme, sin decirle nada a mi amiga. Al final le digo adiós. Un adiós muy flojo y rencoroso, que ella no oye y que nunca sabría que sería para siempre.

LA NIÑA: Qué mareada me siento. Creo que esta noche, no podré dormir. Tenía que haber besado a ese chico cuando me acercó los labios. Tenía que haberle besado, aunque me costara la amistad con Alba. Parece que se ha ido sin despedirse. Qué borracha estoy. Y qué sola. Más sola que esa estrellita que apenas se atreve a brillar. Igual esa estrellita es un chispazo de la gran meada universal de Dios.

EL TESTIGO: Oigo a mi hija abrir la puerta con cuidado. Su sombra atraviesa nerviosa a través del patio.

EL RAPTOR: Por fin. Ella se ha quedado sola. Todos los sábados hace lo mismo. Se sube a la higuera y se pone a mear como una pequeña puta. Sus 14 años no se le notan en nada. Tiene unas tetas como sandías y su coño parece una selva. Y encima te mira con descaro y coquetería cuando te la cruzas como pidiendo guerra. Ha salido a su madre. Por fin se ha quedado sola encima del árbol. No debería desperdiciar esta oportunidad. Salir con la furgoneta y como buen vecino decir que la llevo a casa. Aunque como solo vive a 40 metros calle abajo me dirá que no. Hay que pensar en otra excusa. La puedo pedir que me ayude a descargar sacos de abono en la finca. Aunque a

estas horas.... se va a negar en redondo. Debes ponerte en marcha, Amaro. Y sacar lo mejor de ti mismo.

LA MADRE: Creo que la voy a llamar ya. Son las doce y media. Es casi una hora de retraso. Ahora no me acuerdo de su número. Y sin gafas no podré ver el listín. Nunca me había fijado en esa expresión de la niña en esa fotografía. Tiene una cara pálida y vigilante como si nos anunciara algo muy importante.

LA NIÑA: Bueno, me iré a casa para que mi madre no se angustie. Cuando se angustia, se le pone cara de anguila. Anguila-angustia. Angustia-anguila. Anguila-angustia. Me parezco cada día más a Homer Simpson. Si existiera de verdad, no me importaría pasar un finde en su casa. Qué gilipolleces digo...

EL RAPTOR: Todo está saliendo bien, Amaro. Todo va por buen camino. La chica todavía me espera en la higuera ansiosa de tomar su merecido y con el coñito oliendo a breva machacada. Le diré que me ayude a cargar unos sacos aquí sin despertar a mi mujer. Y luego la invitaré a un helado. La invitaré a un helado de dos bolas.

LA NIÑA: Alguien abre la puerta ahí en frente. Me parece que es mi vecino al que llamamos el Pupilas. Porque siempre te mira como si te clavara las pupilas en las tetas o en el culo. Antes no era así. Antes de que su hija se ahogara. Antes de que su mujer se pusiera enferma. Antes no era así. Te miraba sin que le quemaran las pupilas.

EL RAPTOR: Bueno, esperaré a que baje del árbol. O a lo mejor... coño cómo me sudan las manos.. y encima no llevo un mal pañuelo. Lo mejor es que le ayudes a bajar, Amaro, y así puedes apresar sus pechos. Saldré a fumar un cigarro como quien no quiere la cosa.

LA NIÑA: Una brasa de cigarro se enciende dentro del garaje. Y entonces veo los ojos fijos del Pupilas. Ahora El Pupilas sale haciéndose el distraído. Debo darme prisa en bajar... para no cruzarme con él.

EL RAPTOR: Ya la tengo delante. ¿Por qué no la miras? ¿Por qué te achantas ahora? ¿Por qué me hago el distraído? ¿Por qué se me atraganta su nombre?

EL TESTIGO: Ya mi hija se ha acostado. La he sentido mover cosas en su cuarto, papeles, fotografías y también la he sentido llorar y decir un nombre con sofoco, pero no he podido entrar a preguntar cómo se encuentra. Me da mucha grima esas cosas. Me da grima cuando las veo en las películas americanas, cuando un padre muy rubio y muy pasmado entra a consolar a su hija a altas horas de la noche a causa de su sinsabores

sentimentales y se sienta en la cama y le acaricia y le besa la frente y le arropa y se queda mirándola desde la puerta. Me da grima.

EL RAPTOR: Hola, Irene, qué haces tú por aquí- me ha salido una voz rasposa de rata... y su nombre tiembla como un gorrión en una zarza. La vuelvo a llamar, mientras ella se descuelga lentamente del árbol. Parece que estuviera bebida. Eso cuenta a tu favor, Amaro. Me acerco al árbol. Le tiendes las manos para ayudarla a bajar, pero ella evita mis manos sudorosas y pega un salto brusco desde arriba.

EL TESTIGO: La niña ha saltado del árbol. Y ahí está mi vecino, el Amaro, fumando frente a ella.

LA NIÑA: Dios mío. Cualquier cosa, menos que me roce con sus manos sudadas y su olor a oveja triste. Prefiero saltar.. Ay, grito, ay, ay, ay, sigo gritando. El tobillo se chascó como un junco. No puedo con el dolor. Se me escapa por cada uno de mis poros y siento un torrente de centellitas. Me agarro al hombre y a pesar de que este roza mis pechos descaradamente , no me importa demasiado, pues el dolor puede más que todo. En la cabeza tengo mil esquirlas de cristal que no se apagan. Aunque debería evitar el darle pena. Casi no me sostengo en pie. Qué daño me he hecho.

EL RAPTOR: Parece que se ha torcido el tobillo, pues se queja como una condenada del infierno. Cojo su tobillo, aunque me enerva el olor ácido de sus bragas a limón recién cortado y entreveo sus pechos jugosos por debajo de su camisilla.

LA NIÑA: Me sigue rozando las tetas con su cuello, mientras examina mi tobillo. Vamos, te llevaré a casa, me dice.

EL RAPTOR: Vamos, te llevaré a casa, le digo, con una firmeza que no esperaba en mi voz. Las ocasiones las pintan calvas.

LA NIÑA: Me coge fuertemente del brazo y me lleva hasta su furgoneta. No puedo apoyar el pie. Se ha quedado como muerto.

EL RAPTOR: La llevo por el brazo hasta la furgoneta. Se me caen las llaves al tratar de abrir las puerta. Me sudan las manos.

LA NIÑA: Le sudan las manos. Me mira de forma rara tras recoger las llaves. Me siento en su furgoneta y miro mi tobillo muy hinchado. El mete mis piernas dentro y me mira con sus pupilas muy fijas.

EL RAPTOR: Meto las llaves mientras silbo la canción del verano para alegrar el ambiente. Aunque el silbido me sale flojo y desaborío.

LA NIÑA: Cuando silba no se qué canción pasada de moda me llega su aliento maloliente.

EL TESTIGO: Mi vecino se ha metido en la furgoneta con la amiga inseparable de mi hija. Un objeto plateado brilla debajo del árbol.

EL RAPTOR: Silbas, la miras, y le retiras el pelo de los ojos.

LA NIÑA: Silba, me mira, y me retira el pelo de los ojos con sus manos sudorosas.

EL RAPTOR: No te preocupes. Enseguida estarás en casa. Aunque lo mejor es que fueras a urgencias. Ese tobillo tiene mala pinta

LA NIÑA: No, déjeme en casa, por favor. Mi madre es enfermera.

EL RAPTOR: Vas despacio, Amaro. Echas todos los seguros por dentro y cierras las ventanas. Su carita dulce se refleja en el parabrisas y sus ojos despiertos te buscan en el espejo del retrovisor.

LA NIÑA: No entiendo por qué va tan despacio, echa los seguros por dentro y cierra las ventanas.

EL TESTIGO: La furgoneta se mueve despacio en el camino de tierra como si se alejara con sigilo.

LA MADRE: Ya encontré las gafas. Va a ser la última vez que le dejo salir a la niña.

LA AMIGA: No pienso volver a ver a Irene en mi vida. Es una zorra de los pies a la cabeza. Se despatarra en la higuera y se pone a mear y encima me quiere quitar al chico que me gusta.

LA MADRE: A ver si me lo coge. Y si no voy a buscarla y la saco por los pelos de la discoteca.

LA NIÑA: Tenía que haberle besado cuando me acercó los labios la última vez. Si le hubiera besado, me habría acompañado hasta casa, no me habría subido a la higuera a hacer pipi, no habría aparecido El Pupilas con su aire siniestro, no me habría bajado corriendo del árbol y no me hubiera torcido el pie.

EL TESTIGO: He bajado hasta la higuera. El objeto que brilla es un teléfono. Debe ser el teléfono de la amiga de mi hija o a lo mejor, quien sabe, es del Amaro.

LA NIÑA: Aquí me puede dejar... le digo y sin embargo tuerce por una calle muy oscura justo antes de mi casa. Quiero gritar, pero me quedo callada, y entonces oigo su voz extrañamente tranquila. Cada vez se me hincha más el tobillo.

EL RAPTOR: No, lo mejor es que vayamos a la clínica. Conozco al médico de urgencias y te atenderá bien.

LA NIÑA: Oigo maullar a mi gato subido en un sauce. Como si se despidiera de mí para siempre La furgoneta va entre huertos por un camino estrecho no asfaltado lleno de baches. Por aquí no se va a ninguna clínica. Se va al campo.

EL RAPTOR: No te preocupes, tranquila. Es un atajo. Estoy harto de recorrerme la isla por la noche.

LA NIÑA: Me quedo callada. Ese tranquila lo ha dicho con la voz turbia de flemas. Otra vez me retira el pelo con sus manos sucias de grasa.

EL RAPTOR: Ese tobillo tiene mala pinta, le digo y silbo la canción del verano, aunque desafino, luego tu mano se posa temblorosa sobre su rodilla.

EL TESTIGO: Ahora suena un móvil con una musiquilla ridícula como el gorjeo de un pichón caído del nido. Parece el móvil de la niña Irene, pues tiene una pegatina de color rosado. Su madre la debe estar llamando preocupada.

LA MADRE: ¿Por qué no me lo coge? ¿Por qué no me lo coge? Mi marido ya debe estar durmiendo.

LA NIÑA: ¿Adonde vamos? Por aquí no se va a ningún hospital. Me quiere llevar a mi casa, por favor. Le miro y veo sus pupilas fijas en el espejo. Hace ruido al respirar. Pero sale a una carretera muy oscura que no conozco. Cerca se siente el mar golpeando las rocas.

EL TESTIGO: Saco un pañuelo y envuelvo el teléfono de la niña Irene como si quemara. Me lo guardo en el bolsillo. Ya ha dejado de sonar.

LA NIÑA: He debido de perder mi teléfono al subir a la higuera. Si no hacía una llamada perdida a mi madre. ¿A dónde vamos? No me contesta y conduce cada vez más rápido por una carretera muy estrecha y oscura que se mete dentro de un barranco. Veo tirado en el arcén el cadáver aplastado de un gato o un perro pequeño. Trato de abrir la puerta en una curva, pero el pestillo no cede mientras él me mira a través del espejo. Sus pupilas arden como si tuviera fiebre. Siento demasiado dolor y demasiado miedo, ahora más miedo que dolor, puedo todavía oír su voz, oír esa voz, oír mi voz que me dice: Tenías que haber besado a ese chico. Tenías que haber besado a ese chico. Tenías que haber besado a ese chico.

La violación y la muerte

LA MADRE: Ya la he llamado veinte veces por lo menos. Mi marido me mira deslumbrado por la luz. Es que no piensas hacer nada.

EL PADRE: ¿Qué hora es?

LA MADRE: La hora de que tu hija estuviera en casa. Le muestro el reloj despertador y se lo acerco a la cara. Él agacha la cabeza frotándose los nudillos contra los ojos.

EL TESTIGO: Ese teléfono ha sonado ya veinte veces. Lo he guardado en el armario de las herramientas y lo sigo oyendo. Parece el berrido de una cabra a punto de ser degollada. Ahora oigo la respiración agitada de mi hija removerse en la cama. Habla en sueños y parece que llamara a su amiga Irene.

LA MADRE: Mi marido se levanta y se acerca hasta la ventana. La noche está muy oscura y cerrada y parece que se apretara como un río negro contra el cristal.

EL RAPTOR: Ella parece que ahora está quieta. Siento sus ojos de liebre asustada a través de una rendija. Debes asegurarla con esta cadena para que no se escape y amordazarla bien con sus propias bragas sucias de sangre. Tienes que llegar antes de que amanezca y borrar las rodadas de la furgoneta para que nadie sospeche y dar la medicina a tu mujer.

LA NIÑA: Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

EL RAPTOR: Se la oye susurrar algo como un rezo.

LA NIÑA: Siete... siete... siete... maldita sea... si llego a contar diez estrellas seguro que entonces me salvo. El diez es mi número de la suerte.

EL RAPTOR: La oigo decir que el diez es su número de la suerte. Entonces me la tendré que quilar diez veces.

LA NIÑA: Siete... ocho... ocho...

EL RAPTOR: Le amordazaré la boca para que no chille. La muy zorra me ha mordido el labio. ¿Qué le voy a decir a mi mujer? Aunque desde que tiene cáncer, le da todo igual, y no me pregunta por nada. Ni siquiera me huele el perfume mareante de las putas del club.

LA NIÑA: Ahora ya no veo más que tres estrellas. Lo siento removerse cerca de mí como un jabalí hociqueando el barro. Me pregunto si no ha tenido bastante.

EL RAPTOR: Otra vez la oigo hablar consigo misma. Al menos ha dejado de llorar. Creo que me estoy poniendo caliente de nuevo, y es el momento de hacerla feliz, otras diez veces.

LA MADRE: ¿No te parece que deberíamos llamar a la policía?

EL PADRE: Solo son las tres de la mañana.

LA MADRE: Ella nunca ha venido más tarde de la una.

EL PADRE: Y si se ha quedado en casa de su amiga.

LA MADRE: Entonces habría avisado. No te parece.

EL PADRE: O a lo mejor ha perdido el móvil. O se lo han robado quien sabe.

LA NIÑA: Si al menos tuviera mi móvil para hablar con mi madre un segundo.

LA MADRE: Tú siempre encuentras una justificación para todo. Voy a llamarla otra vez. Si al menos tuviéramos el teléfono de su amiga.

EL TESTIGO: Suena otra vez el móvil de la niña Irene. Debería desconectarlo, para que no despierte a mi hija.

LA AMIGA: Qué raro. Oigo como el timbre de un móvil muy lejos y se parece al de Irene. Pero ha debido ser en mis sueños o en mis pesadillas. La veía bailar desnuda en la playa y entonces él se acercaba a ella con una sonrisa y una caracola en la mano.

LA NIÑA: Tengo los labios secos y me ahoga la sed.

LA MADRE: Voy a llamar a la policía.

EL PADRE: Creo que es mejor que esperemos. Mi mujer hace un ruido desagradable con los nudillos y me mira con una rabia sorda que me hace sentirme un miserable.

LA MADRE: Esperar a qué. A que tu hija aparezca tirada en un vertedero abierta en canal.

EL PADRE: Siempre te pones en lo peor. Y si resulta...

LA MADRE: Qué ibas a decir.

EL PADRE: Vamos a esperar al menos un par de horas.

LA MADRE: Entonces voy a casa de su amiga. Hago el gesto rápido de quitarme la bata, aunque sé que no me atreveré a salir tan temprano yo sola.

EL PADRE: ¿Y les vas a despertar a estas horas?

LA MADRE: Tu hija tiene 14 años y no son horas para andar de jarana a las 3 de la mañana.

EL PADRE: Mi mujer usa a veces palabras demasiado antiguas como jarana, gabinete y desaguisado.

LA MADRE: Mi marido me mira entrecerrando los ojos de sueño y reprimiendo un bostezo que le engorda en la boca. ¿Qué vamos a hacer?

EL PADRE: ¿Y qué quieres que hagamos? Lo mejor será acostarnos y esperar un par de horas.

LA MADRE: No sé como puedes tener ese cuajo. Cuando tu hija puede estar en un mal trance.

EL PADRE: En qué trance si todos hemos hecho locuras cuando éramos jóvenes.

LA MADRE: Tu hija tiene 14 años.

EL PADRE: También es la tuya. Y bueno...tiene 14 años, pero sabes que representa algunos más.

LA MADRE: ¿Y qué me quieres decir con eso? Pero para ella, no.

EL PADRE: Estará tonteando con algún chico haciéndose la mayor.

LA MADRE: Y si ha tenido un mal encuentro.

EL PADRE: En esta isla nunca ha pasado nada. Es una isla tranquila.

LA MADRE: Pero ya no es lo que era. Se ha llenado de extranjeros y de africanos. Y si a tu hija le ha cogido algún desalmado. Mira esta foto. Cojo la fotografía. Y se la acerco al pecho.

EL PADRE: Qué pasa con esa fotografía.

LA MADRE: Parece que nos estuviera avisando...

EL PADRE: No sé que quiere decirme mi mujer. Ella es muy supersticiosa. A veces, pone velas debajo de las ventanas y en lo alto de las estanterías.

LA MADRE: Qué piensas.

EL PADRE: Trato de no reírme ante la cara de mi mujer, pero no puedo evitarlo... pues se le desencaja la mirada y se parece a esos malos actores de las películas de terror.

LA MADRE: No tiene gracia. No tiene ninguna gracia. Si miraras esta fotografía te darías cuenta.

EL PADRE: No sé de qué me tengo que dar cuenta.

LA MADRE: Nos está avisando de algo muy grave.

EL PADRE: Cómo nos va a avisar de nada si en esa fotografía no había cumplido ni siquiera los seis años.

LA MADRE: ¿No ves cómo nos mira?

EL PADRE: Solo tiene una expresión seria de niña despierta.

LA MADRE: Está implorando nuestro auxilio.

LA NIÑA: Él acaba de entrar de nuevo. Lleva en las manos una cadena y le acompaña su doberman. Hace que no me ve como cuando se acercó a la higuera. El perro tira de la correa y me encojo muerta de miedo. Le deja suelto y este empieza a olisquearme el culo y lame mi sangre seca. Por favor, por favor, quítamelo de encima.... le digo con una voz tan débil que nunca he escuchado dentro ni fuera de mí. Le llama y el doberman se aleja un metro. Él lleva un pico de la camisa por fuera. Sus pupilas brillan dentro del garaje como las de los caballos asustados. Tiene las manos manchadas de grasa de motor. Le miro y extendo mis manos para que no me haga más daño. Me resulta ridículo este gesto como si estuviera en la clase de teatro del colegio. Él coge una mano y me besa el dedo pulgar sin dejar de comerme con los ojos.

EL RAPTOR: Cada vez te parece más guapa la putilla. Me mira con ojos encandilados como si me pidiera que la volviera a desflorar cien veces su coñito virgen.

LA NIÑA: Me encojo todo lo que puedo. Le miro. Las lágrimas corren en silencio. El perro husmea entre mis piernas y él lo aleja de una patada. Entonces atenaza mi barbilla y me acerca su boca y siento su barba espinosa y su aliento podrido. Le imploro llamándolo por su nombre. Amaro, no, por favor, por lo que más quieras...

EL RAPTOR: Ahora se hace la interesante conmigo y me niega la mirada. Baja mucho la cabeza para darme lástima. Me pregunta en un tono suave.

LA NIÑA: ¿Qué va a hacer conmigo?

EL RAPTOR: No sé si le has dicho que te tutee. Se lo dices. Tutéame. Hay confianza.

LA NIÑA: No sé qué decirle y tampoco sé si debo mirarle.

EL RAPTOR: ¿Hay confianza?

LA NIÑA: Si le tuteo, me dejarás marchar.

EL RAPTOR: Sabes cuántos años tengo.

LA NIÑA: Más o menos.

EL RAPTOR: Si lo adivinas, te dejaré marchar.

LA NIÑA: Puedo equivocarme en uno o en dos.

EL RAPTOR: No, tienes que acertarlo. Vamos. Dilo. A qué esperas. Ahora su mirada temblorosa la hace más bonita que nunca. Si acierta la edad que tengo, la mataré esta misma noche. Dilo. Vamos. Dilo. No lo pienses más.

LA NIÑA: Cuarenta y tres.

EL RAPTOR: Te has pasado cien pueblos. Me quedan algunos para cumplir los cuarenta.

LA NIÑA: Lo siento. Todo es una broma. Porfi. ¿Me va a soltar ya?

EL RAPTOR: No hace falta que te suelte. Si tú andas ya demasiado suelta...más suelta que una mona. Una mona que sabe latín.

LA NIÑA: Mi madre debe estar ya muy preocupada. Está débil del corazón.

EL RAPTOR: Tu madre era tan puta como tú y tiene un corazón de roble.

LA NIÑA: ¿Por qué dice eso?

EL RAPTOR: A tu edad era la chica fácil de la pandilla. Todos nos la tirábamos. Con hacer así.

LA NIÑA: ¿Por qué dice eso de mi madre?

EL RAPTOR: Tú lo estabas buscando. No lo niegues.

LA NIÑA: El qué estaba buscando.

EL RAPTOR: ¿Por qué te encaramabas todos los sábados a la higuera? Ella baja la vista y se hace la inocente. Contesta.

LA NIÑA: No sabía que usted estuviera allí mirándome.

EL RAPTOR: Te acercas y le susurras al oído que te debe tratar de tú si quiere salir bien parada.

LA NIÑA: No sabía que tú estuvieras allí mirándome.

EL RAPTOR: Sí lo sabías. Me buscabas la vista en la ventana mientras te bajabas las bragas y te restregabas una breva por el chocho.

LA NIÑA: No es verdad. Yo no hacía nada de eso. Se lo juro.

EL RAPTOR: Y luego te ponías a mear como una perra. ¿No es verdad eso? Contesta, guarrita.

LA NIÑA: No sabía que usted estuviera ahí espíandome.

EL RAPTOR: Le doy una caricia en la nuca para que me tutee. Tutéame. No soy un viejo, como tu padre.

LA NIÑA: Perdón.

EL RAPTOR: A la próxima te arranco una teta con esta llave de grifa y se la echo al doberman de desayuno.

LA NIÑA: No sabía que estuvié...ras ahí mirando, si no nunca lo habría hecho, nunca me habría subido a hacer pipi en la higuera.

EL RAPTOR: No digas más mentiras, puerquita sucia.

LA NIÑA: ¿Qué vas a hacer conmigo? Ya es muy tarde. Su mujer le estará esperando.

EL RAPTOR: Me mira con los ojos salpicados de lágrimas como si mi rostro se reflejara en un charco negro. Imagínatelo, le digo. Imagínatelo.

LA NIÑA: No me vas a hacer más daño, verdad. Mis padres te darán todo lo que quieras...

EL RAPTOR: No necesito nada de tus padres. Teniéndote a ti.

LA NIÑA: ¿Me vas a soltar ya? Le juro que no diré nada a nadie de lo que me hizo esta noche. Nadie sabrá nunca nada.

EL RAPTOR: Acercas tu mano a sus labios y recoges sus lágrimas lentas y calientes. Su braga desgarrada la tiene en su mano. Con la otra mano se rasca la sangre recién desflorada de los muslos. El doberman suspira como si estuviera enamorado de la niña.

LA NIÑA: No me haga nada. Y aleje a su perro. Por su hija ... se lo pido.

EL RAPTOR: Me pilla de improviso que mencione a mi hija.

LA NIÑA: Me mira con mucha rabia. No tenía que haberla mencionado.

EL RAPTOR: A mi hija ni me la mientes con tu puerca boca.

LA NIÑA: Éramos muy amigas antes de que se ahogara.

EL RAPTOR: He dicho que dejes a mi hija en paz, so puta. La ensucias con solo nombrarla. Desde que se la comió el mar mi mujer no levanta cabeza y ahora se la está comiendo el cáncer a ella. De la pena . De la maldita pena. Después del tercer bofetón o cuarto o quinto o décimo, has perdido la cuenta, ves que sangra por la nariz. Entonces la besas en la boca mientras ella gimotea llamando a su madre. Y ahora ya si representa sus malditos 14 años. Incluso podría parecer una niña de ocho o nueve. La edad que tenía mi hija cuando se ahogó.

LA MADRE: Estoy llamando a la policía. Me oyes. Parece que nadie contesta.

EL PADRE: ¿A qué número llamas?

LA MADRE: Al 093.

EL PADRE: Ese es el teléfono de información. La policía es el 091. ¿O este es el de los bomberos?

LA MADRE: Mira mejor llama tú. Mi marido se ha ido a buscar una guía. Es la primera vez en la vida que tenemos que llamar a la policía. Y se nos agarrotan los dedos en el teléfono.

LA NIÑA: Mire, digo, mira, aquí.. aquí tienes mi tarjeta... Hay trescientos cuarenta euros... con estos... puedes ir al club.. y estar con muchas mujeres.

EL RAPTOR: Me has tomado por un putero o qué. He estado ya en el club... y estoy ya aburrido de las guarras de allí. Huelen a yegua vieja y cuando las cubres miran la telenovela para no perder el hilo. Te prefiero a ti, cariño.

LA AMIGA: Mañana cuando me levante iré a ver a Irene y haremos las paces.

EL TESTIGO La mujer de Amaro se ha asomado a la ventana. Se preguntará donde estará su marido. Apenas tiene pelo. Pobre mujer. Le deben quedar pocas semanas. Y pensar que era la más guapa del pueblo hasta hace tres o cuatro años. Y ahora parece una habitante de Plutón.

EL RAPTOR: Quiero que a partir de ahora me obedezcas en todo. En todo lo que te diga que hagas. ¿Entendido? Ahora mueve la cabeza para hacerse la víctima. Le secas la sangre de la nariz y se te pone un nudo en la garganta, porque sabes que apenas le queda media hora de vida. Con tan solo 14 años y toda la vida por delante... Pero no hay vuelta atrás. Sabes que no hay vuelta atrás. Y que serás la última persona en ver el milagro de sus ojos castaños .

EL PADRE: ¿Es la policía municipal? Mire, sí, me oye...

LA MADRE: ¿Qué pasa? Me acerco, pero mi marido me hace una seña brusca con la mano para que me calle. Odio ese gesto suyo con toda mi alma. ¿Qué pasa?

EL PADRE: No sé. Me han dejado la llamada en espera. Ahora suena la Primavera de Vivaldi...

LA NIÑA: Ahora se ha situado detrás de mí. Siento su respiración agitada. Busca algo en su caja de herramientas. Me da miedo girarme. Temo que coja un martillo y me rompa la cabeza o coja unas tenazas y me arranque un pecho. Quiero llorar, pero no puedo. Quiero gritar, pero no puedo. Quiero hablarle, pero no puedo. Quiero huir, pero no puedo.

LA MADRE: Déjame a mí.

EL PADRE: Le hago una señal para que se calle. Mi mujer me mira con mala cara. Se muerde las uñas con sofoco, como si fuera a comerse sus propias manos.

EL RAPTOR: Vamos afuera.

LA NIÑA: Me tira del pelo y me obliga a levantarme. Siento frío en los muslos y calor en la nuca. Me coge por el cuello con su mano negra de grasa. Dónde me lleva. Me doy cuenta que no le he tuteado y espero otro castigo por ello.

EL RAPTOR: Vamos a abonar los viñedos, hija.

EL TESTIGO: Mañana cuando vea a mi vecino le daré el móvil de la niña Irene, para que él actúe en consecuencia.

EL RAPTOR: Por cierto... ¿Dónde tienes tu móvil? Cómo te has podido olvidar de ese detalle. Igual ha llamado a su casa. La coges del cuello para que escupa una respuesta.

LA NIÑA: No lo sé.

EL RAPTOR: ¿Cómo que no lo sabes?

LA NIÑA: Se me debió caer en algún sitio.

EL RAPTOR: No se te habrá ocurrido hacer ninguna llamadita. No me mientas o te arranco las tetas con estas tenazas.

LA NIÑA: Se lo juro. Se lo.. digo... te lo juro....no sé donde lo tengo. Igual se perdió en la higuera o en su furgoneta. ¿Adonde me lleva ahora?

EL RAPTOR: Ya te dije que a abonar los viñedos. Debo encontrar su móvil cuanto antes. Antes de que amanezca. Y solo queda una hora escasa.

LA NIÑA: Yo no entiendo de eso.

EL RAPTOR: Claro, como eres una niña pija y solo usas tus manitas de porcelana para jugar con tus barbies, nunca te has manchado las manos de tierra. Pues hoy te vas a manchar las manos de tierra. Ahora súbete a ese arbolito.

LA NIÑA: ¿Para qué?

EL RAPTOR: Te acercas hasta ella. La achuchas contra el árbol y muerdes sus pezones salados a través de su blusa. Luego la coges por el culo para que suba a la cruz del árbol. Me llega el olor de su sangre virgen a través de sus muslos.

LA NIÑA: ¿Qué va a hacer conmigo?

EL RAPTOR: Ahora coge una breva. No, esa, no. Esa tampoco. La más madura. Despelleja la piel. Vamos. Y ahora cómete la breva. Pon cara de puta. Que pongas cara de puta. Y ahora ya sabes. Haz lo mismo que te gusta hacer frente a mi casa.

LA NIÑA: No sé qué quiere que haga.

EL RAPTOR: Útatela. Útatela por el coño. A qué esperas. Así. Pero échale más gracia, coño. No pongas esa cara de monja. Pon cara de puta. Que pongas cara de puta. No, eso no es cara de puta. Eso es cara de marciana. Pon cara de puta de una santa vez.

LA NIÑA: Por favor, por favor, por favor. Déjeme irme ya. Y le prometo... que mañana... que mañana...

EL RAPTOR: Que mañana qué.

LA NIÑA: Que mañana saldré con usted.

EL RAPTOR: Que saldrás conmigo. Adónde.

LA NIÑA: Al cine. Al parque. Donde quiera. A la playa.

EL RAPTOR: Y para qué.

LA NIÑA: Para... lo que quiera... para lo que quieras... como si fuéramos novios.

EL RAPTOR: Muy bien. Me lo pensaré. Hubiera deseado tener veinte años menos para decirle que sí. No tener a mi mujer enferma ni haber perdido a mi hija. Pero ya es demasiado tarde. Me halagas, la digo. Vamos, bésame. Dame un beso de novia como si fuera mañana. Como si estuviéramos en la playa haciendo un castillito. Ella se inclina y me besa con una decisión que no esperaba. Su beso es largo y cuando abro la boca siento su lengua huronear dentro de mí. Pero al final la jode y empieza a lloriquear mientras la besas profundamente.

LA NIÑA: ¿Me puedo marchar ya? Por favor. Por favor. Por favor.

EL RAPTOR: Ahora ponte en cuclillas. Más en cuclillas. Ahora quiero que me riegues toda la viña con tu chorro caliente de puta quinceañera.

EL PADRE: Miren, mi hija, yo sí mi hija Irene Sánchez no ha regresado todavía a casa. Hace tres horas, más de tres horas que la esperamos. Ella solo tiene 14 años.... y.... ya tenía.. perdón... Está bien se lo diré a mi mujer. Mi mujer me pide impaciente una respuesta mientras se muerde las uñas.

LA MADRE: ¿Qué te han dicho?

EL PADRE: Que es demasiado pronto para considerarlo una desaparición. Que llamemos primero a sus amigos y familiares antes de crear una falsa alarma. Y que no nos preocupemos. Que aparecerá.

LA MADRE: No tenemos el teléfono de su amiga.

EL PADRE: Entonces iremos a su casa.

LA MADRE: No, es demasiado pronto. Solo son las cinco.

EL PADRE: Ahora cambias de opinión. No te entiendo.

LA MADRE: Debes tener razón. Seguramente se le ha perdido el móvil y se ha quedado en casa de su amiga Alba. Mejor será esperar a que amanezca.

LA NIÑA: Por favor... por favor... por favor... Déjeme ir a casa. Ahora no tengo ganas de eso. Déjeme ir a casa y le prometo que mañana iré a buscarle.

EL PADRE: Haz lo que te digo y te llevaré a casa muy pronto.

LA NIÑA: ¿Me lo jura por Dios?

EL PADRE: La miras a su sexo abierto y enmarañado. Entonces brota un regato caliente como si fuera un manantial oscuro. Y ya no sabes lo que te pasa por la cabeza. Me ciego. Te ciegas. Siento un ahogo que me arrastra en una marea de fiebre. Sientes un ahogo que te arrastra en una marea de fiebre. Cuando la besas por última vez, sus labios están fríos y azules. Y su nuca está manchada de tierra.

La Búsqueda.

EL TESTIGO: Esta mañana llegó el Amaro a las seis con la furgoneta. A pesar de que todavía era de noche llevaba las luces apagadas.

LA AMIGA: Qué hora será ya. No quiero ni levantarme. Hoy es sábado o domingo. Mi padre no hace más que caminar por su cuarto. En que estará pensando ahora Irene. Querrá reconciliarse conmigo.

EL TESTIGO: Luego dejó la furgoneta fuera y se quedó un rato fumando un cigarro, mientras miraba fijamente debajo de la higuera como si buscara algo sin hacer que lo buscaba.

LA MADRE: A qué hora te dijo que volvería la policía.

EL TESTIGO: Después cogió un escobón y empezó a barrer la calle como si quisiera borrar la rodada de su furgoneta.

LA AMIGA: Creo que voy a mandarle un mensajito a Irene. Qué le pongo. A ver. No, eso queda de un cursi subido. Mejor, amiga a secas. Aunque no creo que se levante hasta las tantas. Con lo que le gusta dormir. Así, amga Ire, perd pr dejrt solita ayer sin nde.. k kres hcer est mña... yo dso mazo hcer pces ctgo y drt, mchss bsssssss. Nos vms en la hgra.

EL TESTIGO: Después se encaramó al árbol y siguió fumando mientras miraba a las hojas. Cogió una breva y se la comió en dos mordiscos.

EL PADRE: No sé. Creo que no dijeron una hora.

LA MADRE: El gato está maullando. Es como si llamara a Irene.

EL PADRE: Será que tiene hambre, mujer.

LA MADRE: Entonces llamaré a mi hermana.

EL PADRE: No creo que sea bueno alarmar a todo el mundo.

LA MADRE: Son las seis de la mañana y tu hija no aparece. Y la policía no da señales de vida.

EL PADRE: Vamos a hablar con su amiga.

LA MADRE: No, es demasiado temprano todavía. Esto me va a matar.

EL TESTIGO: He cogido el móvil de la niña Irene con mis guantes de podar. Voy a dárselos al Amaro, para que obre en consecuencia.

LA MADRE: ¿Por qué no la llamamos otras vez?

EL PADRE: Te pasaste toda la noche llamándola.

EL TESTIGO: Bajo con el móvil oculto en mis guantes de podar como si me quemara en las manos .

LA AMIGA: Mi padre se levanta demasiado pronto y anda sin hacer ruido bajando la escalera como yo cuando llego a casa tarde.

EL RAPTOR: No parece que haya nada de ella debajo de la higuera, pero debo estar seguro. Alguien se acerca. Mi vecino madruga demasiado. Me saluda en silencio con sus cejas pobladas. Qué querrá este cretino a estas horas.

EL TESTIGO: Me acerco hasta el Amaro y le ofrezco un cigarro. Él lo coge y se lo pone en la boca sin encenderlo.

EL RAPTOR: No sé por qué he aceptado su cigarroapestoso.

EL TESTIGO: Te levantaste muy temprano, vecino.

EL RAPTOR: Sí debo ir a abonar los viñedos antes de que la calor apriete.

EL TESTIGO: ¿Y qué haces aquí bajo la higuera?

EL RAPTOR: Aquí con la fresca espabilándome.

EL TESTIGO: Va a hacer un día de calor sofocante. Lo dijeron en la radio. Haces bien en madrugar.

EL RAPTOR: Bueno, me marchó. Para que no me pille el bochorno.

EL TESTIGO: Espera.

LA MADRE: Creo que ahora lo va a coger. Ya verás. Cruza los dedos. Vamos. Cruza los dedos.

EL TESTIGO: Le extiendo la mano con el móvil de la niña y entonces...

EL PADRE: Mujer, no seas supersticiosa. Vale, cruzo los dedos. Me haces sentirme ridículo a mis años.

EL TESTIGO: Me mira bizco rojo de rabia.

EL PADRE: Venga, salgamos ya. Que se hace tarde.

EL TESTIGO: Ayer me encontré esto debajo de la higuera. Creo que te pertenece. Mira el móvil con ojos de caballo espantadizo. Aunque me parece más un móvil de hembra por el corazoncito rosa.

EL RAPTOR: Sí, es el móvil de mi mujer.

EL TESTIGO: Eso pensé yo. En este instante suena el timbre con una musiquita alegre. Mira, parece que suena.

EL RAPTOR: Eso es que funciona. A pesar de pasar la noche al relente. Funciona.

EL TESTIGO: ¿No contestas, vecino?

EL RAPTOR: No, seguro que es la pesada de su prima. ¿Y sonó muchas veces?

EL TESTIGO: Sí, unas cuantas.

EL RAPTOR: ¿Y no lo *cogistes* en ningún momento...?

EL TESTIGO: Para qué lo iba a coger. Yo no me meto cuando nadie me da vela en un entierro. ¿Y cómo está tu mujer ?

EL RAPTOR: Pues, bueno, así así. Ya casi ni comer quiere.

EL TESTIGO: Pues nada. Mucho ánimo. Y dale un abrazo de mi parte. Y cuida bien de ese móvil . Que no se te despiste.

EL RAPTOR: Muchas gracias.

LA MADRE: Maldita sea. Por qué no me lo coge.

EL PADRE: Cálmate, mujer. Conviene dejar la línea libre. Por si llama la policía o ella misma. Ya estamos casi en casa de su amiga.

EL TESTIGO: Mira por ahí vienen los padres de Irene, la amiga de mi hija. Parece que hoy todo el mundo ha madrugado.

EL RAPTOR: Se acercan los padres de la chica. Debo conservar la sangre fría. Y deshacerme de este puto móvil cuanto antes. Mi vecino parece que sospecha y que sabe que ese móvil no es el mío. Más tarde he de ocuparme de él.

LA MADRE: Muy buenas, señor Braulio.

EL TESTIGO: Muy buenas, pareja feliz. ¿Y qué bueno les trajo por aquí?

LA MADRE: Estamos consternados. Nuestra hija no ha aparecido en toda la madrugada. Queríamos haber venido hace un par de horas. Pero nos daba apuro molestarles tan temprano. Queríamos hablar con su hija... ahora con los nervios... se me ha ido el nombre...

EL TESTIGO: Con Alba, sí... ahora la llamo.

LA MADRE: Nuestra hija ha pasado la noche con ustedes suponemos.

EL TESTIGO: No, que yo sepa. Alba llegó sola anoche.

LA MADRE: ¿Y a qué hora llegó?

EL TESTIGO: Pues hacia la doce, doce y pico.

LA MADRE: ¿Y seguro que no las vio llegar juntas? Siempre vienen juntas a casa.

EL TESTIGO: No se preocupen que ahora la despierto y le preguntan todo lo que quieran.

LA MADRE: A ver si acaso se ha quedado con otra de las amigas. Tenemos el corazón en un puño.

EL RAPTOR: La situación no es para menos.

LA MADRE: Perdonen la molestia. Pero es que estamos en un sinvivir. El señor Braulio anda con una pachorra.

EL RAPTOR: Ahora es cuando más debes conservar la sangre fría, Amaro, y mostrarte más tranquilo que un obispo y más servicial que una monja. Quisieras tener un espejo delante para controlar cada uno de tus gestos. La madre mira su móvil. Espero que no marque de nuevo el móvil de la chica. Tenía que haberlo desconectado. Todavía quedan rodadas de furgoneta y varias huellas debajo de la higuera.

LA MADRE: Usted no habrá visto a nuestra niña. ¿No sé si la conoce?

EL RAPTOR: Bueno, creo que me suena. La habré visto pasar por aquí algunas veces. Si somos vecinos al fin y al cabo.

LA MADRE: Ella es de pelo castaño, y bueno, aunque tiene 14 años no los representa. Representa por lo menos 19. Está muy desarrollada para su edad.

EL RAPTOR: Sí, claro que la conozco. Es la amiga inseparable de Alba. Una buena chica. Le gusta mucho sonreír, verdad, a todo el mundo.

LA MADRE: Es solo una niña. ¿No la habrá visto ayer de madrugada?

EL RAPTOR: Esto de la sonrisa te lo tenías que haber ahorrado. En realidad me acabo de levantar no hará ni quince minutos.

LA MADRE: Esperemos que todo se quede en un buen susto.

EL RAPTOR: Ya verá como sí. Todo se quedará en un susto. Te sorprendes de tu voz serena, mucho más serena que cuando estabas con ella a solas, antes de besarla. Todavía siento el sabor dulce de su último beso cuando me propuso que nos hiciéramos novios.

EL PADRE: Hoy no se puede confiar en nada ni en nadie.

EL RAPTOR: Sí, hay que estar todo el tiempo vigilante. ¿Y ya llamaron a la policía para comunicar la desaparición?

LA MADRE: Bueno, nosotros no pensamos que haya desaparecido. Tan solo que esté en casa de una amiga.

EL PADRE: Todavía es pronto para considerarlo una desaparición. Eso nos dijeron.

EL RAPTOR: Bueno, es lógico. No ha pasado todavía mucho tiempo. Y eso será lo más probable. Que esté en casa de alguien descansando.

LA MADRE: Una eternidad para nosotros. No hemos podido pegar ojo en toda la noche. Ella nunca ha llegado más tarde de la una.

EL RAPTOR: Bueno, yo me tengo que marchar para la finca a abonar los viñedos. No duden en contar conmigo para lo que sea. Para lo que sea, en serio. Y si hay que rastrear cielo y tierra hasta encontrarla, pues para eso mismo están los vecinos.

LA MADRE: Muchas gracias por su buen corazón. No creo que haga falta.

EL RAPTOR: Mujer, no me dé las gracias. Y ya verá, ya verá, como todo se queda en un mal susto.

EL PADRE: El Amaro sube en la furgoneta. Y luego coloca bien los espejos, sus ojos se clavan en nosotros, y saca la mano para despedirse.

LA MADRE: Gracias a Dios tenemos buenos vecinos y podemos contar con ellos.

EL PADRE: Sí, tenemos buenos vecinos. El Amaro es un buen hombre. El Amaro hace otro saludo corto con la mano y arranca su furgoneta y se pierde por la calle de arena en dirección a nuestra casa levantando una gran polvareda como si tuviera prisa por escaparse del mundo.

LA MADRE: No te parece que tardan demasiado.

EL PADRE: Mujer, la niña estará durmiendo. Este hombre es el que tiene la mujer enferma, no.

LA MADRE: Sí, y el que perdió a la hija ahogada hace varios años.

EL PADRE: Menudo catálogo de desgracias le caen a uno. Y anda por la vida como si nada.

LA MADRE: Y tu hija, dónde estará tu hija mientras todo el mundo duerme.

LA AMIGA: ¿Qué pasa, papá? Por qué me despiertas.

EL TESTIGO: Los padres de Irene están abajo.

LA AMIGA: Y a qué han venido tan temprano.

EL TESTIGO: Quieren saber de su hija. No ha aparecido en toda la noche. Quieren hablar contigo.

LA AMIGA: Yo la dejé subida encima de la encina.

EL TESTIGO: Ponte algo y baja que te esperan. Y sería encima de la higuera.

LA AMIGA: Eso. Yo la dejé encima de la higuera.

EL TESTIGO: Y qué hacía subida encima de la higuera.

LA AMIGA: Le dan a veces unos prontos muy raros. Y le da por abrirse de patas y mear encima de la higuera.

EL TESTIGO: Será mejor que no les cuentes esas cosas.

LA AMIGA: ¿Y qué quieres que les cuente si es verdad?

EL TESTIGO: Son gente muy fina y podrías ofenderles. No les va a dejar un buen recuerdo si todo acaba mal.

LA MADRE: Malditas moscas. Qué pegajosas son.

EL PADRE: Eso es por la higuera. Están ya las brevas en sazón. ¿Quieres probar una?

LA MADRE: Tengo el estómago encogido. No podría comerme ni una miga de pan.

LA AMIGA: Salgo por el patio. Me huele mal la boca. Y encima llevo una mancha en la blusa. Es una mancha de cubata de Irene. La madre se acerca y me da un beso, como esos besos de pésame, muy fuertes y apretados que se dan en los entierros.

LA MADRE: Ay, Alba, cariño, perdona que te hayamos despertado, pero en toda la noche ha aparecido nuestra niña.

LA AMIGA: El padre me mira con una mancha de breva en los labios y miro a la higuera como si todavía allí estuviera Irene.

EL PADRE: ¿Qué puedes contarnos?

LA MADRE: ¿Andabais con más amigas anoche?

EL PADRE: Déjale que ella lo cuente.

EL TESTIGO: Vamos, Alba, di lo que sepas. No te hagas la interesante.

LA AMIGA: Irene me dijo que le gustaba porque le recordaba a su padre. Y sin embargo no veo en qué puedo parecerme.

EL TESTIGO: Alba, es que te ha comido la lengua el gato.

LA AMIGA: Pues estuvimos hasta las doce o doce menos cuarto dentro de la Discoteca. Y como no había mucho ambiente nos volvimos temprano.

LA MADRE: Veníais solas o con alguien que os acompañara.

LA AMIGA: Bueno, despedimos a un amigo. Ahora me acuerdo con rabia como la puta de Irene intentó besarlos tres veces y me arrepiento de haberle mandado ese mensajito de reconciliación. Nos despedimos de mi amigo y seguimos solas el camino.

EL PADRE: ¿Y dónde os separasteis?

LA AMIGA: Ella me dejó aquí en casa y siguió camino de la vuestra.

LA MADRE: ¿Y no os parasteis a hablar con nadie? ¿Con otros amigos?

EL PADRE: ¿O con algún desconocido?

LA AMIGA: No, no había nadie en la calle a esas horas.

LA MADRE: ¿Y ella siguió camino de su casa?

LA AMIGA: No entiendo por qué dice camino de su casa, si también es la suya.

LA MADRE: ¿Y no te dijo que quisiera ver a alguien más tarde?

LA AMIGA: Bueno, ella... .. ella... en realidad... De pronto una luz se enciende en mi cabeza. Irene estaba haciendo tiempo para verse después con mi amigo cerca de su casa. Por eso se hizo la misteriosa, aunque esto no debo contárselo. Mi padre me ha hecho un gesto para que no hable demasiado.

EL RAPTOR: Debo darme prisa en llegar a los viñedos. Y después dar el último repaso debajo de la higuera. Un chicle, un trozo de pelo, una colilla, cualquier cosa podría delatarme. Como no pensé en el móvil antes, y por qué razón el Braulio me lo habrá guardado. Igual quiere chantajearme el muy cabrón. Ese tiene el corazón de una víbora vieja.

LA AMIGA: Bueno... ella se quedó aquí en el árbol.

LA MADRE: En qué árbol.

AMIGA: Mi padre me mira frunciendo su entrecejo y entonces me pongo muy nerviosa... porque sé que no debo hablar más de la cuenta...

EL PADRE: ¿Dónde dices que se quedó Irene?

LA AMIGA: Le dio la rayada de subirse a lo alto de esa encina.

EL PADRE: Le dio qué...los jóvenes hoy usan palabras muy desagradables.

AMIGA: O sea... le dio el pronto de subirse a la encina esa de ahí.

EL PADRE: De esa higuera quieres decir.

EL TESTIGO: No sé cómo narices te aprobaron las Ciencias Naturales.

LA MADRE: Se subió a esa higuera te refieres.

LA AMIGA: Sí, se subió a lo alto de la higuera.

LA MADRE: ¿Y para qué se subió hasta allí arriba?

LA AMIGA: No sé. Es algo que le gusta. Lo hace casi siempre que salimos.

EL PADRE: ¿Y tú no le acompañas?

LA AMIGA: No a mí me da bastante vértigo.

EL MADRE: ¿Y después qué hizo nuestra niña?

LA AMIGA: No lo sé. Yo luego entré en la casa.

EL TESTIGO: El padre mira hacia la higuera como si esta pudiera contarle algo de su hija.

LA MADRE: ¿No os daría por beber algo de alcohol?

LA AMIGA: No, solo tomamos una piña colada. Se lo juro.

LA MADRE: ¿No hablasteis ni tonteasteis ayer con algún chico?

EL TESTIGO: ¿Por que no contestas, Alba, a su pregunta?

LA AMIGA: Perdonen... Estaba un poco distraída.

EL TESTIGO: Te ha preguntado si estuvisteis pelando la pava con algún chico. Siempre estás en la inopia.

LA AMIGA: No sé lo que significa eso de pelar la pava, papá.

EL TESTIGO: Que si estabais, coño, que si estabais...

LA MADRE: Perdón. Déjeme a mí. Que si estabais, ya sabes... con algún chico.

LA AMIGA: No, solo con mi amigo. Pero él se quedó en la discoteca.

EL PADRE: Y nadie os siguió a lo largo de la calle.

LA AMIGA: No ya les dije que no. La calle estaba sola.

EL TESTIGO: Y quién es ese chico.

LA AMIGA: No lo conoces. Así que qué más da.

EL TESTIGO: A mí no me hables así. Y a mí sí que me da. No quiero que coquetees con nadie y menos con veraneantes, entendido. Así que vete para dentro y un poco de respeto. Y no vas a salir en lo que te queda de verano.

LA MADRE: Pero cómo ha podido perderse, maldita sea. Si nuestra casa solo queda a treinta metros.

EL TESTIGO: Acaso un poco más. No le parece.

EL PADRE: Pero no creo que haya más de cincuenta metros desde aquí.

EL TESTIGO: Bueno eso si quieren lo medimos ahora caminando. Por cada paso de estos cuente un metro.

EL PADRE: No muchas gracias. Qué mas da diez metros de más o de menos.

EL TESTIGO: Y la llamaron al móvil a su hija.

EL PADRE: Toda la madrugada mi mujer estuvo llamándola.

LA MADRE: Pero ella no lo cogió en ningún momento.

EL PADRE: Nos preguntamos qué habrá sido de su móvil.

EL TESTIGO. Hoy te los choricean en cuando te descuidas. A mi hija ya le han quitado dos o tres en la playa.

EL RAPTOR: Al Braulio tengo que obsequiarle con una caja de mi mejor vino.

EL PADRE: Nos vamos para casa. Dijo la policía que vendría pronto.

LA MADRE: Esperemos que todo se quede en un mal susto.

EL TESTIGO: Sí esperemos que solo sea eso.

LA MADRE: Dele las gracias a Alba de nuestra parte.

EL PADRE: Y perdonen las molestias.

EL TESTIGO: Ella es su amiga inseparable. Y estará dispuesta a dejarse la piel por encontrarla.

LA MADRE: Muchas gracias. Son ustedes demasiado buenos. Y no les merecemos. Seguro que viene a casa para desayunar y todo se queda en un mal susto.

LA NIÑA. Todavía tengo en la mano el número del móvil de aquel chico. Si la tierra no me lo ha borrado. Qué pena que no me atreviera a darle un beso. Todo sería ahora diferente. Cómo me gustaría estar en casa con mis padres, que mis labios no estuvieran tan duros ni tan fríos para comerme un cruasán recién sacado del horno. Como me gustaría. Que todo. Se hubiera quedado. En un mal. Susto.

El rastreo

LA NIÑA: ¿Qué hora será ahora? Me duele el hueso debajo de los ojos. Y me parece que ya se me salió el otro zapato.

EL RAPTOR: Deben ser más de trescientos los que le buscan a la niña y yo entre ellos.

LA MADRE: Te das cuenta están todas sus amigas del colegio y también sus profesoras.

EL PADRE: No sé cómo podremos agradecerles tanto esfuerzo.

EL RAPTOR: Cómo se encuentra hoy señora.

LA MADRE: Estoy bien. Muchas gracias. No sé cómo podemos agradecer lo que hacen por nosotros.

EL RAPTOR: Miren ese de allí es un primo mío que vino aquí de vacaciones y también se ha sumado a este rastreo.

LA MADRE: Dele las gracias de mi parte.

EL RAPTOR: No se preocupen. Si total estaba sin saber qué hacer.

EL PADRE: La palabra rastreo no me gusta. Me suena a animal acorralado.

LA AMIGA: Pobre Irene. Lleva diez días perdida no sé dónde. Si la dejé a tres minutos de su casa.

EL TESTIGO: Cuánta gente ha venido a este barranco. Estarán por que no tienen otra cosa mejor que hacer. Por aquí ya pasamos otras veces y no encontramos ni un mal rastro.

EL RAPTOR: A lo que parece los perros nos llevan por aquí.

LA NIÑA: Y lo peor de todo es que ya no estrenaré ningún zapato.

EL PADRE: Un guardia civil se acerca con algo hacia nosotros.

LA MADRE: Nos enseña una sandalia ennegrecida.

EL PADRE: La miramos y no decimos nada.

LA MADRE: La cojo en mis manos y siento una extraña repugnancia. Quisiera vomitar hasta mi propio corazón seco.

EL PADRE: Les resulta familiar este calzado, nos pregunta uno de los guardias, y me siento un pobre idiota, porque no recuerdo ni nunca me he fijado en ningún zapato de mi hija. Mi mujer se ha retirado. Parece que se aguanta las arcadas. Pero se esfuerza por hablar. Las palabras le salen de la boca como si fueran bolas de cal seca..

LA MADRE: No sabría decirle a ciencia cierta. Ella tenía unas sandalias parecidas.

LA AMIGA: Me acerco a la madre de Irene y me muestra una sandalia ennegrecida.

LA MADRE: Crees que esto podría ser de Irene.

LA AMIGA: Muevo la cabeza y les digo que es demasiado grande para ella.

EL PADRE: Al final su amiga le conoce el tamaño de su pie mucho mejor que nosotros mismos. No con quien naces sino con quien paces.

LA NIÑA: Con lo que a mí me gustaba estrenar sandalias en Agosto.

EL RAPTOR: Por fortuna dan palos de ciego todo el tiempo. Ahora están mirando una sandalia. Voy a ponerme en primera línea junto a los civiles, y cerca de su profe de lenguaje, la verdad es que está más buena que unas sopas, y a lo mejor me gano una medalla.

EL TESTIGO: Hay que ver al Amaro qué afición le pone. Al final le van a dar una medalla.

LA AMIGA: ¿Qué dices entre dientes del Amaro?

EL TESTIGO: Digo que no te puedes quejar, hija mía. Mira toda la gente que la busca. Y especialmente el Amaro, el primero.

LA AMIGA: Te refieres al Pupilas ese asqueroso.

EL TESTIGO: ¿Por qué lo llamas el Pupilas?

LA AMIGA: Porque te mira como un sapo.

EL TESTIGO: No exageres ni hables mal de él. Es un buen hombre. Está muy afectado por las desgracias que ha sufrido.

LA AMIGA: Tú crees, padre, que algún día la encontremos. Mi padre se rasca los ojos por respuesta.

LA NIÑA: Qué estarán haciendo ahora mis amigas.

EL TESTIGO: Solo Dios lo sabe, hija mía.

LA NIÑA: Pero Dios no pone nada de su parte.

LA AMIGA: Pero Dios no pone nada de su parte.

EL PADRE: Creo que lo mejor es que nos vayamos. Llevamos desde las siete caminando. Todo el mundo está ya muy cansado.

LA MADRE: Vete tú si quieres yo me quedo.

EL PADRE: Los psicólogos dijeron que era mejor no participar en la búsqueda. Así solo vamos a ahondar en nuestra angustia.

LA MADRE: Mi angustia es un pozo de negrura. Que digan misa en latín o lo que quieran. Qué pensara toda esta gente si nos vamos.

EL PADRE: Te suda toda la frente y la espalda. Ayer te dieron dos desmayos.

LA MADRE: Ayer era ayer y hoy es hoy.

EL PADRE: Vamos a reventar de tanto sol. Mis pies apenas me sostienen.

EL RAPTOR: Parece que los padres ya flaquean.

EL TESTIGO: Sí, sería mejor que se retiren. Es demasiada tensión ya la que sufren.

EL RAPTOR: Sí es demasiada tensión. Miro ahora al Braulio aprovechando que estamos apartados y le ofrezco un cigarro que rechaza.

EL TESTIGO: Hace demasiado calor en el barranco.

EL RAPTOR: Debemos tener cuidado en esta parte.

EL TESTIGO: Sí está todo lleno de simas y de cuevas.

EL RAPTOR: Aquí cerca se me despeñó uno de mis perros. Hay una grieta tan honda que dicen que tiene una salida al mar.

EL TESTIGO: Sería bueno para enterrar un tesoro. Nadie lo encontraría nunca. No te parece.

EL RAPTOR: Le miro por si habla con segundas. No me gustan las indirectas del vecino. Y últimamente se hace mucho el listo.

EL TESTIGO: Conoces bien estos parajes.

EL RAPTOR: Bueno, aquí venía a cazar antes conejos.

EL TESTIGO: ¿Y qué clase de conejos venías a cazar? ¿Rubios o morenos?

EL RAPTOR: Hablando de conejos. Te has fijado lo buenorra que está la profe de la Irene.

EL TESTIGO: No me he fijado, no, mira por dónde. Y también es la profesora de mi hija.

EL RAPTOR: Perdona si te ha molestado el comentario.

EL TESTIGO: La moza no tendrá más de veintiún años.

EL RAPTOR: Bueno con veintiún años no es para hacerlas ascos. Que ya casi se les ha pasado el arroz. No te parece.

EL TESTIGO: Así que venías por aquí de caza. ¿De caza mayor o de caza menor?

LA AMIGA: Me da vergüenza que mi padre esté con el Amaro todo el rato. Mis compañeras han hecho un comentario por lo bajo. Lo que no entiendo por qué no ha venido ningún día el chico que tanto le gustaba a Irene.

LA NIÑA: Le tenía que haber besado la segunda vez que me acercó los labios. Y ahora estaría con él caminando de la mano en Playa Blanca.

EL RAPTOR: Ya te bebiste el vino que te di.

EL TESTIGO: Bueno, el otro día abrí una botella.

EL RAPTOR: Seguro que te la liquidaste de un solo trago.

EL TESTIGO: La verdad es que se deja beber. Tiene un buen cuerpo y un aroma recio. Se nota que la vid está bien abonada.

EL RAPTOR: Te tengo preparada otra cajita.

EL TESTIGO: Muchas gracias. Pero con esta tengo suficiente.

EL RAPTOR: Te estoy, Braulio, en deuda, ya lo sabes...

EL TESTIGO: No entiendo de qué deuda ahora me hablas.

EL RAPTOR: Ya sabes a buen entendedor...

EL TESTIGO: Pocas palabras bastan.

LA NIÑA: A buen entendedor, pocas palabras bastan.

EL TESTIGO: Terminaste de abonar bien los viñedos.

EL RAPTOR: Sí, aunque todavía me queda algo de faena.

LA AMIGA: Mira, papá, lo que encontramos.

EL TESTIGO: Ten cuidao por esta parte. Que el barranco está lleno de agujeros.

LA AMIGA: Es un fósil, me dijo nuestra profe. Nos dijo que era un coprolito.

EL RAPTOR: Dile a tu profe, preciosa, que no nos mente a la madre.

LA AMIGA: O sea, la caquita de un dinosaurio... eso es lo que nos explicó ahora....

EL TESTIGO: Eso no es mierda de dinosaurio ni nada parecido. Eso es escoria amalgamada de un volcán. No sé para que les sirve una carrera. Bueno, vete con tus amigas y no te separes de ellas, para no desbarrancarte como una oveja. Te he dicho que por ahí no, cojones. A ver si escuchas.

EL RAPTOR: Pone toda su alma en ello.

EL TESTIGO: Cómo.

EL RAPTOR: Tu hija Albita pone toda su alma en encontrarla.

EL TESTIGO: Para eso era su mejor amiga.

EL RAPTOR: Tienes una hija bien parida. En unos pocos años será la más bonita de la isla. Los hombres se matarán por sacarla de paseo.

EL TESTIGO: Este año el tiempo ha sido caluroso.

EL RAPTOR: Para septiembre la cosecha será francamente buena.

EL TESTIGO: Y entonces quizá te acepte esa cajita.

EL RAPTOR: Como no... te guardaré el vino de mis mejores uvas.

EL TESTIGO: Y acaso sería bueno... que le dieras otra caja a la familia.

EL RAPTOR: A qué familia te refieres.

EL TESTIGO: A la familia de la niña Irene.

EL RAPTOR: Si al menos así les sirve de consuelo.

EL TESTIGO: Si para entonces la niña Irene no aparece.

EL RAPTOR: Los perros están todos con la lengua fuera. Van a reventar de tanto sol.

LA NIÑA: Otra vez su perro remueve en los viñedos. Es como si quisiera desenterrarme el alma.

LA AMIGA: Mi padre habla demasiado con el Pupilas. A Irene le daba un asco terrible, y sin embargo, parece ahora, el padre de mi amiga.

LA MADRE: ¿Por qué se ha parado todo el mundo?

EL PADRE: Dicen que por hoy han terminado. Los perros ya no pueden más. Y esta parte del barranco es peligrosa. Hay demasiadas simas y cavernas.

LA MADRE: ¿Y por qué no la buscan todo el día? Puede que se haya caído dentro de una sima.

EL PADRE: Llevan diez días buscándola de sol a sol.

LA MADRE: Pues que la busquen de noche debajo de cada piedra y cada zarza y cada raíz.

EL PADRE: Es Domingo. No podemos pedirles más ayuda.

LA MADRE: Entonces vamos a la Iglesia a ver si Dios se acuerda de nosotros.

LA NIÑA: A ver si Dios se acuerda.... de rezarme un padrenuestro.... porque yo tengo demasiada tierra dentro de la boca....

EL PADRE: A lo mejor Dios se ha tomado vacaciones.

LA NIÑA: A lo mejor Dios se ha tomado vacaciones y se ha ido a guiñarle el ojo a una caribeña.

EL PADRE: Sería mejor que fuéramos a la playa a relajarnos.

LA MADRE: Me da angustia ver el mar.

EL PADRE: Todo te angustia últimamente.

LA MADRE: Y qué quieres. Quién sabe si nuestra hija está en el fondo.

EL PADRE: Es mejor no pensar en nada de eso.

LA MADRE: Creía que tú habías perdido la esperanza.

EL PADRE: No he perdido la esperanza. He perdido a mi hija de 14 años. Solo eso.

LA NIÑA: Cómo me gustaría sentir el mar en mis tobillos y tostarme al sol como un cangrejo.

EL RAPTOR: Ya se van para casa la familia.

EL PADRE: Sí será mejor que descansemos.

EL RAPTOR: ¿Cómo se encuentra hoy su mujer?

EL PADRE: Imagínese cada día más desesperada.

EL RAPTOR: Yo entiendo su dolor mejor que nadie. Mi hija se ahogó con solo 7 años.

EL PADRE: Y seguro que todavía la recuerda.... como si fuera el primer día.

EL RAPTOR: Bueno, no tanto como si fuera el primer día. Uno tiene que vivir al fin y al cabo.

EL PADRE: Este hombre me resulta muy extraño. Cada vez se hace más pegajoso como esta angustia interminable.

EL RAPTOR: Lo mejor es que descansen lo que puedan.

EL PADRE: Sí, nos vamos para casa a descansar.

EL RAPTOR: Yo y mi primo nos quedaremos un rato más a rastrear.

EL PADRE: Los perros ya no pueden con su alma. Será mejor que también descansen ustedes. Ya nos han dedicado demasiado tiempo.

EL RAPTOR: Sí, se les sale la lengua por la boca. Iré a la finca por el mío. Lo tengo bien entrenado.

LA MADRE: No sé cómo vamos a poder agradeceréselo.

EL RAPTOR: Solo con una sonrisa de esperanza.

EL PADRE: La verdad es que en estas circunstancias...

LA MADRE: No merecemos todo lo que hacen, aunque no podamos sonreír.

EL RAPTOR: Todo es poco con tal de que aparezca.

EL PADRE: A estas alturas no sabemos qué pensar.

EL RAPTOR: La esperanza no hay que perderla nunca.

LA NIÑA: La esperanza es lo último que se pierde.

EL RAPTOR: Quien sabe si su hija estará pensando ahora en ustedes.

EL PADRE: Pero ya son demasiados días sin tener una noticia suya.

LA MADRE: Quién será el desalmado que la tenga. Ojalá no le haya hecho mucho daño. Y se arrepienta pronto y nos la entregue. O se pudra para siempre en el infierno.

EL RAPTOR: Lo dicho entonces. Me quedo con mi primo a seguir buscando. Y a relajarse.

LA AMIGA: Papá me voy con mis amigas a la playa.

EL TESTIGO: Está bien, pero ten cuidado que el mar anda algo revuelto.

LA AMIGA: Esta noche la pasaremos en la plaza con velas y un gran retrato de Irene para celebrar los diez días de su desaparición.

EL TESTIGO: Eso no se celebra, hija mía. Qué te enseña tu profesora de lenguaje. No quiero que pases la noche fuera al raso. A las once iré a recogerte.

LA AMIGA: También estará la Directora y mi profesora de Gimnasia.

EL TESTIGO: No quiero que te quedes más allá de la medianoche.

LA AMIGA: Qué es lo que te contaba el Amaro.

EL TESTIGO: Nunca te acerques a ese hombre.

LA AMIGA: No decías que era una buena persona.

EL TESTIGO: No te separes de tus amigas ni un momento. Ya hemos tenido bastante con Irene.

LA AMIGA: Tú piensas que alguien la ha matado. Eso es lo que piensan muchas de mis amigas. Y también que la violaron brutalmente.

EL TESTIGO: Lo que yo piense o deje de pensar no va a hacer que ella aparezca.

LA AMIGA: Entonces por qué no dejamos de buscarla. No puedo dormir ya por la noche del cansancio y tengo pesadillas espantosas.

EL TESTIGO: ¿No era tu amiga inseparable?

LA AMIGA: Hasta luego, papá. No hay quien te entienda.

EL TESTIGO: A las doce en punto iré a buscarte.

EL RAPTOR: Debería ir para la finca. No sea que otra vez el perro haya desenterrado el cuerpo oculto.

LA NIÑA: Qué habrá hecho hoy mi madre de comida.

EL PADRE: Será mejor que comas algo.

LA MADRE: Tengo el estómago cosido con agujas roñosas.

EL PADRE: Aunque sea un poco de fruta por lo menos. Mira hice macedonia esta mañana.

LA MADRE: Su postre preferido. No tengo hambre, te lo juro. Voy al cuarto de la niña.

EL PADRE: La cojo por la mano y la detengo.

LA MADRE: Quiero quitarle el polvo a sus retratos.

EL PADRE: Mi mujer se encierra en su cuarto y se sienta en su cama a esperarla.

LA MADRE: Este es el último libro que ella leía antes de aquello. Se quedó en la página sesenta. Voy a ver si lo leo y me entretiene.

LA NIÑA: Cómo acabaría aquel libro de ese niño que se va a vivir con sus padres junto a un campo de concentración.

LA MADRE: No mejor esperar a que venga ella y lo termine. Y luego lo leeremos los demás.

LA NIÑA: Me daba mucha pena ese niño judío, tan solo, junto a la valla de ese campo inmenso cubierto por la niebla.

LA MADRE: Cuando aparezca lo leeremos juntas por las noches. Y lloraremos todo lo que haga falta, porque ahora las lágrimas me han abandonado.

EL RAPTOR: Vamos para la finca, primo. Tengo que dar de comer al doberman y acabar de abonar los viñedos. Si vienes mañana igual te llevas al huerto a alguna muchachita. Te has fijado lo buenas que están todas, sobre todo la hija de mi vecino. Era la amiga inseparable de la que están buscando. Eso, de la que estamos buscando. Aquí se hacen las estrechas, pero en el fondo están deseando que te las pases por la piedra. Sin muchos miramientos. Así que mañana invitamos a alguna a la finca a bañarse desnudita en el arroyo.

EL PADRE: Qué haces con ese libro en la mano.

LA MADRE: Es el último que Irene estaba leyendo.

EL PADRE: Ojeo el libro y veo la marca en la página sesenta y en una hoja acaso la huella de una lágrima.

LA MADRE: ¿Por qué nos han hecho esto precisamente a nosotros?

EL PADRE: Sigo ojeando el libro. Para no tener que escuchar a mi mujer.

LA NIÑA: Seguramente terminaría mal el libro del niño judío.

LA MADRE: Si al menos aquella noche no hubiéramos sido tan dejados.

EL PADRE: A qué viene ahora echarse culpas.

LA MADRE: No llamamos a la policía hasta las cuatro de la mañana y no vimos a su amiga hasta las seis y media.

EL PADRE: Cómo íbamos a imaginar...

LA MADRE: Ella nunca había llegado más tarde de la una.

EL PADRE: Nuestra hija ya iba cumpliendo años.

LA MADRE: Nuestra hija era una niña. Y lo sigue siendo. Debemos hablar de ella en presente, no te parece.

EL PADRE: No lo sé. Si en presente, en pasado o en futuro.

LA MADRE: Solo han pasado diez días.

EL PADRE: Diez días es mucho tiempo.

LA MADRE: Mucho tiempo para qué.

EL PADRE: Para que hayan hecho con ella lo que hayan querido.

LA MADRE: Quién es el pesimista ahora.

EL PADRE: Será mejor que comas algo.

LA MADRE: No quiero comer. No quiero probar nada hasta que ella aparezca.

EL PADRE: Así solo conseguirás debilitarte.

LA MADRE: Más débil y más desesperada de lo que estoy ya no voy a poder estar.

EL PADRE: Hasta para desesperarse es bueno tener fuerzas. Necesitamos fuerzas para encontrarla. Viva o muerta.

LA MADRE: Y de dónde vamos a sacar esas fuerzas. De dónde. Maldita sea. Si ya han pasado diez días y no hemos encontrado ni un solo rastro de ella en toda esta maldita isla.

LA NIÑA: Lo peor de todo esto. Lo peor. Es no tener lágrimas. Para llorar. Por ese. Por ese niño judío. De aquel libro que no pude terminar.

El cartel

EL PADRE: No puedo salir a la calle pues la veo en todos lados. Su foto está en todas las tiendas y también en la parte de atrás de muchos coches.

LA MADRE: Qué guapa estaba Irene en esta foto. Parecía que nunca se fuera a morir y que la vida se arrodillara ante ella.

EL RAPTOR: Parece que el padre entró en la ferretería. Será mejor darle una palmadita en la espalda. Hace tiempo que no me lo tropiezo.

LA AMIGA: Esa es la madre de Irene. Va tirando del carrito y no me ha visto. Se para a mirar el cartel de la panadería y acaricia el rostro de su hija y murmura algo como un rezo.

EL TESTIGO: La madre de la niña Irene anda sin ver a nadie, te borra con la mirada y murmura algo como un rezo.

LA MADRE: No sé por qué me paro a mirarla en todos los carteles. Luego es peor... pues me lleno de un dolor muy negro y es como si respirara vidrios...

EL TESTIGO: Parece que el Amaro habla con el padre de la niña. Al final se van a hacer la mar de amigos.

LA AMIGA: La madre de Irene se ha puesto la blusa del revés. Ayer salió con dos zapatos diferentes.

EL RAPTOR: Qué casualidad, vecino. Qué te trae por aquí. Te has hecho aficionado al bricolaje.

EL PADRE: Vengo a comprar una cerradura.

EL RAPTOR: Yo vengo a comprar una pala nueva. La que tenía ya se me rompió.

EL PADRE: Usas mucho la pala en tu finca.

EL RAPTOR: Para remover la tierra y hacer surcos. Es que piensas cambiar la cerradura.

EL PADRE: Quiero condenar el cuarto de la niña.

EL RAPTOR: Y cómo te ha dado por ahí.

EL PADRE: Mi mujer se pasa allí el día rezando acostada encima de su cama.

EL RAPTOR: ¿Y por qué no la llevas al psicólogo?

EL PADRE: Porque no hay psicólogo que nos quite esta amargura del cuerpo.

EL RAPTOR: ¿Cúanto hace ya que no aparece vuestra hija?

EL PADRE: Siete meses, le digo, y pienso y digo: tres días, y pienso y digo: quince horas, y pienso y me lo callo: diez minutos.

EL RAPTOR: Lo llevas bien cronometrado. ¿Y ya habéis perdido la esperanza?

EL PADRE: Yo no sé lo que hemos perdido: la vida la salud el dinero las ganas de vivir y la fe en Dios.

EL RAPTOR: Por qué nos os venís un día hasta la finca. Allí hacemos una comidita regada con buen vino y os sirve de consuelo.

EL PADRE: Gracias, pero por ahora no tenemos ganas de casi nada.

EL RAPTOR: Yo también llevo muy dentro el recuerdo de mi hija ahogada.

EL PADRE: Y se puede vivir con esa carga.

EL RAPTOR: Se puede vivir y no se puede.

EL PADRE: No es por comparar, pero tú al menos tienes una tumba donde dejarle flores, pero para nosotros el tiempo se detuvo el día que ella se esfumó para siempre de la tierra. Y lo peor de todo es que uno querría tener aunque fuera el hueso de una mano o una clavícula para cogerla, besarla y enterrarla... pero aquel desalmao que la raptó se va a llevar el secreto de su cuerpo oculto hasta la tumba.

EL RAPTOR: Y ahora se pone con sus filosofías fúnebres. Encima con tanta cháchara ya se me han colao dos o tres tipos... vaya asco.

EL PADRE: Bueno, me voy para la casa. Quiero poner la cerradura antes de que llegue mi mujer.

EL RAPTOR: Bueno y dele un abrazo sentido de mi parte y piensen lo de llegarse un día hasta la finca. Me gustaría enseñarles mis viñedos.

EL PADRE: Se lo diré a mi mujer a ver qué piensa.

EL RAPTOR: Les daré una caja de mi mejor vino.

EL PADRE: Gracias, pero ya tenemos poco que celebrar.

EL RAPTOR: El día que Irene aparezca...

EL PADRE: Por favor no me dé más vanas esperanzas. Ya tengo suficiente con mi esposa. Estoy cansado de eso. Muy cansado.

EL RAPTOR: Como quiera. Con Dios vecino. El hombre se va sin decir nada y cada día le notas más arisco como si desconfiara hasta de su propia sombra. Acaso lo mejor sea que les dejes en paz. Ellos tienen parte de su culpa por haber criado a una putilla descarriada que se despatarraba cada sábado en la higuera mostrando sus muslos desnudos a los cuatro vientos...

EL PADRE: Este hombre me pone enfermo con sus estúpidos intentos de infundirme esperanza. Quién sabe si él fue el último que estuvo con mi hija. Por qué me viene esa idea extraña a la cabeza.

LA NIÑA: Ya se me meten las raíces de las viñas por las cuencas de los ojos y siento el zumbido de las avispas morder las uvas de septiembre. Y lo peor de todo. Ya se cansaron de buscarme. Antes me buscan los gusanos, las lombrices y los topes de la tierra que mis padres mi familia mis amigos.

LA AMIGA: He visto al chico amigo mío que quiso besar a Irene aquella noche. Al entrar en la panadería se ha quedado mirando el cartel con su rostro tres segundos y luego llevó su mano hasta sus ojos. Acaso sigue enamorado de ella, la muy puta. Ayer cuando pasé delante de él también se hizo el loco. Hasta Irene se interpone, después de haberse evaporado para siempre. Estoy ya cansada de ver su foto en todos los rincones como si fuera una cantante muy famosa.

LA NIÑA: Quisiera acordarme de sus ojos. Quisiera acordarme de sus labios, pero me duelen demasiado las raíces que me salen por la cuenca de los ojos. Y lo peor de todo. Ya se cansaron de buscarme.

EL RAPTOR: Allí está aburrída la pipiola del Braulio. Cada día la veo más bonita. Y ya le apuntan las teticas como peritas en dulce. Le voy a dar un susto y bailarla un poquito el agua.

LA AMIGA: Ahora alguien me tapa los ojos de repente. Mi corazón palpita como loco y deseo que sea ese chico quien me busca. Aquel que quiso besar a Irene.

EL RAPTOR: Se ve que a la putilla le gusta la bromita y me acaricia las manos suavemente mientras me sonrío de oreja a oreja.

LA NIÑA: Pero sus manos son muy ásperas y huelen a tierra removida.

LA AMIGA: Pero sus manos son muy ásperas y huelen a tierra removida.

EL RAPTOR: Siento un deseo loco de morder su nuca tierna y apresar sus pechos virginales.

LA AMIGA: Me vuelvo y veo al Pupilas con sus ojos fijos en mi escote. Me llega su aliento maloliente y su mirada de vidrio enmohecido.

EL RAPTOR: Qué haces por aquí tan sola, chavalina.

LA AMIGA: Me dice mientras pellizca mis mofletes. Estamos justo delante de un cartel de Irene. Y me vuelvo a mirarla para que ella me proteja.

EL RAPTOR: Mira qué casualidad. Estamos delante de tu amiga. Aunque este cartel no le hace justicia. Ella era mucho más bonita. Aunque no tan bonita como tú.

LA AMIGA: Yo la encuentro muy guapa en el cartel.

EL RAPTOR: Acaso un poco infantiloides. Ella representaba más edad.

LA AMIGA: Usted qué piensa que la hicieron.

EL RAPTOR: En primer lugar apéame el usted y no me haga tan viejo.

LA AMIGA: Me pone una mano en mi hombro y siento los ojos despiertos de Irene acechando en mi nuca.

EL RAPTOR: Bueno y qué te cuentas.

LA AMIGA: Estoy esperando a un amigo, digo sin mirarle, mientras él se apoya contra el cartel de Irene y me ofrece un cigarrillo. No fumo. Mi padre no me deja.

EL RAPTOR: Toma, anda, dale una calada. Si ahora no te ve. No te hagas la niña melindrosa.

LA AMIGA: No sé por qué pero le hago caso y doy una calada a su cigarro.

EL RAPTOR: Pues yo a tu edad me fumaba una cajetilla diaria.

LA AMIGA: Si solo tengo 15 años.

EL RAPTOR: Con 15 años yo ya bebía cubatas y fumaba porros y hacía mil perrerías. A un amigo muy amigo es el que esperas o solo a un medio amigo.

LA AMIGA: No sé si bastante amigo.

EL RAPTOR: Lleva media teta salida del escote y su pezón de cereza me lanza una guiñada.

LA NIÑA: Ahora me acuerdo de mi amiga Alba. Si tuviera mi móvil pa llamarla. Le diría que tengo miedo a las raíces.

LA AMIGA: Debo escabullirme como sea. No hace más que comerme con los ojos.

EL RAPTOR: Dile a tu viejo que un día tenéis que venir hasta la finca. Aunque mejor podrías venir con una amiga a bañarnos todos en la alberca.

LA AMIGA: Bueno muy bien. Me voy para la casa. Tengo prisa.

EL RAPTOR: Espera un momento. La coges firme por el brazo.

LA AMIGA: Me coge firme por el brazo.

EL RAPTOR: La niña tiene una boca de ciruela. Me moriría por besarla y revolcarme con ella en los viñedos.

LA AMIGA: Creo que mi amigo me hace señas.

EL RAPTOR: De qué amigo me hablas. Si ese es demasiado crío para ti.

LA AMIGA: Ahora veo al chico y le saludo pero se cruza de acera sin mirarme.

EL RAPTOR: Parece que tiene muy mal gusto pues ni siquiera ha reparado en ti, preciosa.

LA AMIGA: Tengo que llegar pronto a mi casa para hacer la comida a mi padre.

EL RAPTOR: Antes quiero que me cuentes una cosa.

LA AMIGA: Qué cosa quiere que le cuente.

EL RAPTOR: Hay confianza. Llevamos cien años de vecinos. Joder por qué no me tuteas. Estás igual que ella aquella noche.

LA AMIGA: No sé de quién me habla, pero es mejor no preguntarle

EL RAPTOR: Por qué te mira con esa cara de perra acorralada. Por qué me miras con esa cara de perra acorralada. Joder no me como a nadie. Soy amigo íntimo de tu padre.

LA AMIGA: Está bien. Le tuteo y me cuenta rápido eso que tiene que decirme.

EL RAPTOR: Las prisas son malas consejeras. Los mejores manjares se cuecen a fuego lento.

LA AMIGA: No sé de lo que me está hablando.

EL RAPTOR: De lo que me estás hablando.

LA AMIGA: Eso. De lo que me estás hablando.

EL RAPTOR: Tú quieres tener alguna noticia fresca de tu amiguita del alma.

LA AMIGA: No sé a qué amiga se refiere.

EL RAPTOR: Entonces señalas el cartel y pones tu mano sobre la sonrisa ingenua de Irene.

LA AMIGA: Entonces señala el cartel y pone su mano sobre sus ojos.

EL RAPTOR: Te acercas a su oreja y le susurras sintiendo el olor a limones abiertos de su cuello.

LA AMIGA: Qué sabe de mi amiga Irene.

EL RAPTOR: Ven conmigo a la finca y te lo cuento. Tendrás noticias frescas.

LA AMIGA: Por qué no se lo dice a la familia.

EL RAPTOR: Porque ellos no están dispuestos a escucharlo.

LA AMIGA: No sé o mejor vaya a la policía.

EL RAPTOR: A la policía ni agua. Me has entendido. Ni agua. Y si me mentas a la policía es como si te cagaras en mi padre o en mi mujer enferma de cáncer. Si vas a la policía pensarán que tú la hiciste algo muy gordo. Y te meterán en la cárcel hasta que te pudras.

LA AMIGA: Por qué yo. Cómo voy a hacerle yo algo a mi amiga Irene. Me coge otra vez por la muñeca.

EL RAPTOR: Y entonces no quieres poner nada de tu parte para encontrar a tu amiga.

LA AMIGA: Sí quiero, pero no sé cómo podría ayudarla.

EL RAPTOR: Viniendo conmigo ahora mismo. Yo tengo algo de ella muy importante. Que puede dar una pista definitiva.

LA AMIGA: Qué es lo que tiene.

LA NIÑA: Cómo me gustaría tener el móvil para mandar un mensajito a Alba para decirle que aquí todo es muy frío negro silencioso y aburrido.

EL RAPTOR: Ven conmigo a la furgoneta y te lo muestro. Es que no confías en mí. Yo soy un viejo amigo de tu padre.

LA NIÑA: Y preguntarle a ella si por fin consiguió que ese chico le besara debajo de la higuera.

LA AMIGA: Está bien, pero solo dos minutos. Me alejo y siento los ojos de Irene que me miran con una mirada temerosa. Y creo que he visto a Irene reflejada dentro de los ojos de ese hombre.

EL TESTIGO: Ahora viene el padre de la niña y se detiene debajo de la higuera.

EL PADRE: Tú eres la única que sabe qué pasó aquella noche con nuestra pobre hija.

EL TESTIGO: Apoya su cabeza sobre el tronco. Como si esperara que este hablara.

EL PADRE: Por qué no me dices quién lo hizo quién se llevó a mi hija y dónde enterró su tierno cuerpecillo.

EL TESTIGO: Se va a volver loco de tanto quedarse ahí parado. Y ahora trata de trepar hasta lo alto. Está ya viejo y puede que las fuerzas le flaqueen. No puede ni subirse a la primera rama. Y cae al suelo desfallecido.

EL PADRE: Aquí cerca tiene que estar el asesino.

LA NIÑA: Cómo echo de menos subirme a aquella higuera y ver correr el hilito de oro desde arriba formando un arco iris de alegría.

EL PADRE: Este año la higuera no da frutos. También ella se ha puesto de luto.

LA NIÑA: Y comerme una breva en lo más alto y escupir las pepitas y apretar mi cara contra el pelo suave de mi amiga Alba.

LA MADRE: Qué haces aquí parado junto al árbol.

EL PADRE: Estaba cansado de estar todo el día en casa.

LA MADRE: ¿Por qué has cerrado el cuarto de la niña?

EL PADRE: Porque te pasas allí el día entero.

LA MADRE: Tenía que entrar a coserle su pijama.

EL PADRE: Y para qué necesita ella que le cosas el pijama.

LA MADRE: Porque tiene dos botones medido sueltos.

EL PADRE: Y para qué necesita la niña los botones de un pijama que nunca va a ponerse.

LA MADRE: Como sabes que...

EL PADRE: Mi mujer se interrumpe y lanza un suspiro que le nace muy hondo y una lágrima turbia le vela la mirada.

LA MADRE: Estoy cansada de tu derrotismo.

EL PADRE: Y yo estoy hartito hartito hartito de las ilusiones que te haces.

LA MADRE: ¿A qué has venido aquí entonces?

EL PADRE: A pedirle a la higuera que me diga quien fue el desalmado que mató a mi hija.

LA MADRE: No sé quién está más loco de los dos. Hace bochorno. Parece que va a caer tormenta.

EL PADRE: Mejor será que vayamos a la casa.

LA MADRE: No, mejor será preguntarle a la higuera.

EL PADRE: Vamos, mujer, esto nos va a volver locos del todo.

LA MADRE: Déjame que la pregunte. Por favor te lo pido.

EL PADRE: Pregunta lo que quieras. Mi mujer se acerca a la higuera y susurra algo con la voz ahogada.

LA MADRE: Dinos por favor, dinos, qué fue de nuestra hija.

EL PADRE: Mi mujer se pone de rodillas y besa las raíces de la higuera.

LA MADRE: Por favor te lo ruego que nos digas quién se ha llevado a nuestra hija.

EL PADRE: Vamos, levántate y no hagas más locuras.

LA MADRE: Vamos apíadate de estos padres que se ahogan en un mar de penas y agonías. Dinos maldita sea quién lo hizo, quién se llevó a nuestra pobre hija, dónde le quitaron la ropa, donde escondieron su móvil, dónde quemaron sus ropas, donde enterraron su cuerpo para poder ponerme un traje negro y tener un maldito palmo de tierra donde dejarla flores, y poder verter una maldita lágrima, pues ya se me han podrido todas las lágrimas de esperarla.

EL PADRE: Vamos, deja de arañar el árbol. No ves que te estás desollando las yemas de los dedos y las uñas te sangran. Vamos a casa y deja este delirio.

LA MADRE: Por qué has cerrado la puerta de su cuarto.

EL PADRE: No quiero que entres más en ese sitio.

LA MADRE: Es lo único, maldita sea, que nos queda de ella. Todavía está flotando el olor de su cuerpo, todavía nos miran sus retratos, todavía la brisa de la tarde no se atreve a entrar, allí está su jirafa de peluche, sus cintas de música, su televisor de 15 pulgadas, su disfraz de hada madrina, sus calcetines verdes, sus muñecas sin brazos, su falda de colegiala, sus libros de texto, el puzzle del bosque a medio hacer, el mural de las pirámides, su colonia casi llena, sus revistas de tatuajes, su hucha con 300 euros, sus fotos en París, el almohadón rajado, y la huella de sus labios marcada en el espejo, y ese libro del niño judío que no se terminó.

EL PADRE: No haces más que entrar y salir de allí como una enferma.

LA MADRE: Tengo derecho a esos recuerdos.

EL PADRE: Sería mejor que lo alquiláramos y quemáramos todas sus cosas.

LA MADRE: Hasta el gato ha arañado la puerta esta mañana. El gato tiene más entrañas que tú.

EL PADRE: No puedes estar todo el día ahí dentro sentada al borde de su cama.

LA NIÑA: Cómo me gustaría estar tumbada en mi cama con la tele puesta viendo a la familia Simpson.

EL PADRE: Vamos a casa. Levántate de ahí. Están mirando los vecinos.

LA MADRE: Si me prometes que abrirás la puerta de su cuarto.

EL PADRE: Alguien nos mira a través de la ventana. Es la mujer enferma de mi vecino. Han puesto el cartel con el rostro de mi hija pegado al ventanal.

LA MADRE: Van a conseguir volvernos locos. Han llenado la isla con su foto. Está en cada muro, en cada tienda, en cada coche, en cada portal, en cada calle, en cada farola. No puedo más con esa foto y encontrarme su cara a cada instante. Creo que no saldré de casa hasta que la quiten, que quiten su sonrisa radiante de todos los rincones. Esta tarde había un turista japonés haciéndose una foto delante del retrato de tu hija como si fuera una verbena.

EL PADRE: Creo que ese hombre es el culpable de su muerte.

LA MADRE: ¿Cómo lo sabes?

EL PADRE: Acaba de susurrármelo la higuera.

EL RAPTOR: La ofreces otra vez el cigarro. Y lo coge mirándote fijamente a los ojos. Solo queda media hora para que anochezca. Quieres hablar, pero debes escoger las palabras. Y no precipitarte. Ya te ha sonreído dos veces. Vas por buen camino.

LA AMIGA: Bueno, dígame, lo que me iba a enseñar.

EL RAPTOR: Ey, ey, ey. Ya se te ha olvidado.

LA AMIGA: Le miro sin saber qué decir. Qué me reprocha con su mirada dura.

EL RAPTOR: Quiero que me tutees ante todo. Por favor tutéame. Tanto te cuesta.

LA AMIGA: No sé como estoy aquí metida dentro de su furgoneta. Si alguna amiga me viera no sé qué pensaría. Pero debe fiarme de él. Es un buen vecino y es quien más ha puesto de su parte por encontrar a mi amiga. Quiero saber qué es lo que tiene de ella.

EL RAPTOR: Sabes en qué cosa estoy pensando ahora.

LA AMIGA: Muevo la cabeza y miro al mar que brilla y algunas familias que abandonan la playa.

EL RAPTOR: Me estoy acordando de mi hija ahogada.

LA AMIGA: Debió de ser algo muy duro, digo sin sentirlo.

EL RAPTOR: No sé por qué me acuerdo. Será porque estamos delante de la playa. Y veo a ese padre llevarse de la mano a su hija. No como yo aquella tarde.

LA AMIGA: Quiero decirle que tengo prisa y que me tengo que marchar, pero no me atrevo, después de haberme hablado de su hija.

EL RAPTOR: Sabes que tienes una mirada muy dulce. La misma mirada inocente que tenía mi hija. Te importa si te cojo la mano.

LA AMIGA: He dejado que coja mi mano. Y que la apriete. Ahora pone música en la radio. Coge otro cigarro y me lo pone en la boca.

EL RAPTOR: Me gustaría tener 10 años menos para tener una novia como tú.

LA AMIGA: Entonces tampoco seríamos novios.

EL RAPTOR: Por qué lo dices.

LA AMIGA: Porque tendrías más de treinta y me seguirías doblando la edad.

EL RAPTOR: Mira que eres mala, Albita. Como te gusta buscarme las vueltas y revueltas. Tienes la cabeza de una niña de 19 años por lo menos.

LA AMIGA: Me dijo que me iba a enseñar algo de Irene.

EL RAPTOR: Está bien. Conservas su teléfono.

LA AMIGA: Creo que me acuerdo de memoria.

EL RAPTOR: Pues entonces hazle una llamada.

LA AMIGA: Para que quiere que la llame. Si no se sabe donde está.

EL RAPTOR: Hazle una llamada pa que veas.

LA AMIGA: Saco el móvil de mi bolso y llamo al número de Irene como hice tantas veces hace un año. Oigo su voz tan familiar y me resulta raro.

EL RAPTOR: Vamos déjale un mensaje.

LA AMIGA: Qué mensaje.

EL RAPTOR: Lo que quieras. Déjale un mensaje cariñoso. Era tu mejor amiga.

LA AMIGA: Hola, Irene. Soy yo. Dónde estás. A ver si apareces de una vez.

EL RAPTOR: Dile también que la querías mucho y que la echas de menos cada instante. Vamos díselo. La niña repite confusa mis palabras...

LA AMIGA: Irene, yo te quería mucho.. y... Se ha cortado...

EL RAPTOR: Entonces saco un móvil del bolsillo.

LA AMIGA: Entonces saca un móvil del bolsillo.

EL RAPTOR: Conecto el buzón de voz. Sabes de quién es este móvil.

LA AMIGA: Conecta el buzón de voz y me pregunta. Sabes de quién es este móvil..

EL RAPTOR: Y se oye la voz de Irene y luego:

LA NIÑA: Este es el supermóvil de la tía más guapa y cachonda de la isla. El que quiera encontrarme que me busque.

LA AMIGA: Hola, Irene. Soy yo. Donde estás. A ver si apareces de una vez.

EL RAPTOR: Dile también que la querías mucho y que la echas de menos cada instante. Vamos díselo.

LA AMIGA: Irene, yo te quería mucho.. y... Se ha cortado... Por qué tiene usted el móvil de mi amiga Irene.

La llamada

EL TESTIGO: Hay algo ahí extraño debajo de la higuera. Me da miedo acercarme. Es como la cabeza fría de una víbora. Me acerco lentamente. Y lo veo. Es el móvil de la niña Irene.

LA MADRE: Suena un teléfono. Suena un teléfono en algún sitio. Busco por el salón, pero no está.

EL TESTIGO: Quiero enterrarlo. Pero la tierra está muy dura y se me desollan los dedos cuando escarbo con las uñas.

LA MADRE: Maldito teléfono dónde te has metido. Está sonando dentro de su cuarto. Pero la puerta está cerrada. Está sonando el móvil de Irene dentro de su cuarto. Pero la puerta está cerrada. Por qué condenaste su cuarto, no ves que está sonando el móvil de tu hija. No ves que ya ha llamado todas las noches desde que se fue y no nos molestamos en cogerlo. Y se va a acabar cansando de llamar.

EL TESTIGO: Tengo la nuca llena de sudor. He debido de tener una pesadilla.

EL PADRE: Mi mujer se remueve mientras habla en sueños. Y ahora veo que me maldice. No sé si debo despertarla.

EL TESTIGO: No sentí llegar a mi hija ayer por la noche. A qué hora me invadió el sueño. Creo que me dormí antes de las 11. Noto la casa demasiado silenciosa.

EL PADRE: No sé si despertarla. Ahora está llorando en sueños. Pensando que su hija la llama y nadie coge el teléfono.

EL TESTIGO: Me duelen todos los huesos de la espalda. He dormido por lo menos nueve horas. Y no sé por qué siento un palpito de angustia en el pecho. El viento remueve las ramas de la higuera como si quisiera partirlas.

EL PADRE: Y ahora parece que cantara en sueños una nana fúnebre. Entra de nuevo en el laberinto de sus pesadillas.

LA MADRE: Ahora que no hay nadie por la calle debo llegarme hasta la higuera. Subir a lo alto de las frondas y comer la última breva. Así conoceré el secreto. Pero no veo a la higuera. En su lugar hay unas matas secas una blusa sucia y desgarrada y una sandalia ennegrecida.

EL PADRE: Ni siquiera el sueño sirve para apartar este cáliz negro de amargura.

LA MADRE: Debo encontrar la higuera cuanto antes. Suena otra vez su móvil debajo de ese árbol. Aunque me rompa las manos y tenga que escarbar con los dientes, he de

desenterrar ese maldito teléfono. Aunque tenga que arrancar de cuajo todas las raíces de la higuera.

EL PADRE: Mujer, despierta. Basta ya de llantos.

LA MADRE: Eh... ¿dónde lo has puesto?

EL PADRE: Donde he puesto qué.

LA MADRE: El móvil nuevo que le regalé a la niña.

EL PADRE: No sé de qué móvil me hablas.

LA MADRE: Es su móvil que suena dentro de su cuarto. Por qué lo condenaste. Por que has cerrado su cuarto a cal y canto. Ahora no puedo entrar. Y ahí está su teléfono sonando. Lleva sonando todas las noches desde su partida. Sonando para nadie.

EL PADRE: No te das cuenta de lo que estás diciendo. Estás bajo los efectos de una pesadilla. El cuarto de Irene ya no existe.

LA MADRE: Qué me ha pasado. Dónde estoy. Quién me estaba llamando.

EL PADRE: Era un mal sueño.

LA MADRE: Tengo toda la nuca empapada de sudor.

EL PADRE: Trata de dormir un poco.

LA MADRE: Hace mucho calor. Me pica todo el cuerpo.

EL PADRE: Por qué no te tomas otra pastilla.

LA MADRE: Me he tomado tres. Y ya apenas me hacen efecto.

EL PADRE: Vamos a dormir un poco.

LA MADRE: No sabes qué día es hoy.

EL PADRE: Jueves.

LA MADRE: Hoy hace siete años que Irene salió por esa puerta a las siete de la tarde. Ya no cuentas el tiempo...

EL PADRE: No ya no cuento el tiempo. Qué más da siete que ocho que nueve o que diez si al final vendrá un año después de otro a sepultar nuestros recuerdos.

LA MADRE: Ya nada tiene sentido desde entonces. Ni siquiera la angustia de añorarla.

EL PADRE: Mi mujer muerde el pico de su almohada y se abraza a ella como si cogiera a un animal herido.

LA MADRE: Nada tiene sentido. De qué sirve que llegue la Navidad, un cumpleaños, nuestro aniversario, que se muera de cáncer la tía Trini, las vacaciones en Sicilia, se pierda el gato, o se estrelle un avión con cuatrocientos, si no la tenemos para celebrar ni la felicidad ni la desdicha.

EL PADRE: A esta edad ella tendría veintiuno.

LA MADRE: Y qué quieres decir con eso.

EL PADRE: A lo mejor se habría echado un novio negro y ya no viviría con nosotros.

LA MADRE: Un novio negro. Un novio negro, dices. Un novio negro.

EL PADRE: Mi mujer ríe por primera vez en siete años.

LA MADRE: Y por qué se te ocurren esas cosas.

EL PADRE: No sé. Ella una vez, no sé si lo recuerdas, cuando llegaron a la isla en la patera todos esos negros medio muertos, con solo nueve años, cogió a ese bebe tembloroso y le dio calor con su cuerpecito.

LA MADRE: No había vuelto a pensar en eso. Nuestra hija tenía un corazón grande y generoso. Y lo peor de todo, aunque tuviera un novio negro blanco o amarillo, es que no la vimos hacerse una mujer, cuando tenía toda la vida por delante. Y ahora mismo estaría aquí de visita con su novio negro cenando en el porche una lasaña o la maldita cosa que le gustara cenar a su novio negro.

EL TESTIGO: Me asomé en el cuarto de mi hija. Y ella no estaba acostada. No sé si es que no ha llegado o se ha levantado demasiado pronto. Ayer la vi hablando con Amaro debajo de la higuera. Y este se tomaba excesivas confianzas. La cogía de la mano y mi hija se dejaba y le sonreía coqueta. Luego la tentaba debajo de las ropas y unió su boca sucia a la boca de mi hija.

LA MADRE: Sabes... dejaron ayer esa caja....con 12 botellas de vino.

EL PADRE: Y quién trajo esa caja.

LA MADRE: No sé la dejaron en la puerta del jardín.

EL PADRE: Hay una botella abierta.

LA MADRE: Ayer la abrí. Y me serví dos vasos. Me la hubiera bebido toda a lingotazos, pero me daba miedo emborracharme. No había probado el vino desde entonces.

EL PADRE: No debiste probarlo.

LA MADRE: Cuando lo bebí sentí algo extraño sabes...

EL PADRE: Y qué es lo que sentiste.

LA MADRE: No sé cómo explicarlo. Por qué no lo pruebas tú también.

EL PADRE: A estas horas.

LA MADRE: Prueba un trago. No te sentará mal.

EL PADRE: Por eso has tenido pesadillas.

LA MADRE: Sentí que al beberlo mi hija me daba fuerzas. Para seguir viviendo sin ella. Pruébalo y verás. Tiene un sabor dulce y amargo al mismo tiempo.

EL PADRE: No sé, mañana lo probaré y si es necesario nos emborrachamos.

LA MADRE: Por qué no lo pruebas ahora.

EL PADRE: Mira aquí hay una tarjeta. No la viste.

LA MADRE: Qué tarjeta.

EL PADRE: Una tarjeta dentro de este sobre.

LA MADRE: Y no dice quién lo manda.

EL PADRE: Sí lo dice.

LA MADRE: Y que es lo que pone en la tarjeta.

EL PADRE: Pone un solo nombre. El nombre de Irene, nuestra hija.

EL TESTIGO: Allí viene mi hija y detrás alguien la sigue dando tumbos de borracho.

LA AMIGA: Hola padre. Por qué te levantaste tan temprano.

EL TESTIGO: Te estaba esperando. Dónde estabas.

LA AMIGA: Dando un paseo por ahí con unos amigos.

EL TESTIGO: Son las cuatro de la mañana. Te parecen horas apropiadas de llegar.

LA AMIGA: Ya no soy una niña. Cumplí hace tiempo veintiuno.

EL TESTIGO: Pero todavía vives en mi casa.

LA AMIGA: Venga, padre, vamos a la cama y no chochees.

EL TESTIGO: A mí no me hables así como si fuera un lerdo. Y si es necesario te ato a la pata de la cama.

LA AMIGA: Vamos, no te rayes que tengo un sueño que te cagas. Me dejas pasar o qué. No ves que vengo con los pies destrozados. Joder, échate a un lado.

EL TESTIGO: Ya ajustaremos cuentas tú y yo. Y quién es ese que te sigue, que va dando tumbos de desdicha.

LA AMIGA: Ese es mi amigo Amaro. A ver si te operas de la vista.

EL TESTIGO: Yo veo muy bien en la oscuridad, pa que lo sepas. El Amaro. Y qué haces con el Amaro viniendo sola hasta la casa.

LA AMIGA: Esta noche bebió más de la cuenta. Así que fui yo quien lo traje.

EL TESTIGO: Y qué te traes tú con ese hombre.

LA AMIGA: Lo que me traiga no es asunto tuyo.

EL TESTIGO: Te lleva más de veinte años.

LA AMIGA: Los mismos que tú llevabas a mi madre antes de que se tirara al pozo.

EL TESTIGO: Así que te gusta que el Amaro te pellizque las cachas debajo de la higuera.

LA AMIGA: Sí, me gusta que el Amaro me tiente las carnes debajo de la higuera y que me haga aullar de gozo como a una perra sucia. Y ahora déjame pasar. Que tengo sueño.

EL TESTIGO: Pareces una puta portuaria.

LA AMIGA: No me levantes el brazo. Me tienes hasta el culo con tus amenazas de viejo chocho. Si me levantas la mano, te echaré lejía en la sopa. Y me voy a la cama. Buenas noches.

EL TESTIGO: Te humillas diciendo todo eso. Y también humillas a tu amiga juntándote con ese hombre.

LA AMIGA: De qué amiga me estás hablando ahora.

EL TESTIGO: Ya se te ha olvidado quién era tu mejor amiga.

LA AMIGA: No sé de qué mierda me está hablando.

EL TESTIGO: Te estoy hablando de tu amiga Irene.

LA AMIGA: Ya no sé ni cuánto hace de aquello. A qué viene sacarme esa historieta. Si ya me había olvidado de ella para siempre.

EL TESTIGO: Pregúntale a tu buen amigo Amaro. A ver qué sabe de ello. Y ya sabes, a buen entendedor...

EL RAPTOR: Pocas palabras bastan.

LA AMIGA: Me voy ya para dentro. Hasta mañana Amaro. Cuándo vienes a recogerme para llevarme a la playa.

EL RAPTOR: A la hora que tú me digas, Alba. Es que vas a entrar sin despedirte. Tanto te cuesta darme un beso.

LA AMIGA: El Amaro me coge por el culo y me da un beso profundo delante de la cara de mi padre. Oigo su respiración rencorosa a mis espaldas.

EL TESTIGO: Maldito cretino. Se pone a merendársela a besos delante de mi cara y ella se deja sobarse todo el culo.

EL RAPTOR: El último beso, vida mía. Para que tu padre vea que lo nuestro va por buen camino.

LA AMIGA: Déjame ya no seas más pegajoso. A las once en punto me das dos bocinazos. Hasta mañana venga.

EL TESTIGO: Ahora es ella quien se estira y le da un último beso indecente mordiendo su boca de borracho.

EL RAPTOR: Hola vecino. Qué haces tan temprano en la puerta de tu casa. No me digas que estabas esperando a tu pipiola pa echarla una buena regañina.

EL TESTIGO: A ti qué te parece.

EL RAPTOR: Que tu pipiola tiene veintitantos años y no es cosa de tratarla como si fuera una mocosa.

EL TESTIGO: La trato como a mí se me pone en los cojones. Y solo tiene veintiuno.

EL RAPTOR: Solo la estaba acompañando a casa te lo juro. Y ni siquiera me dejaste despedirme de ella a conciencia. Me quedé con la miel en los labios. Así que me tendrás que dar tú el último besito.

EL TESTIGO: Eres un sinvergüenza indecente. A mi niña no quiero que la toques. Y menos tan borracho como andas.

EL RAPTOR: No, tranquilo si a tu niña, no la toco ni un pelo de la ropa. Es ella la que me toca a mí. Parece que dentro tuviera un corazón de yegua embravecida.

EL TESTIGO: Alguna vez te arrepentirás de tus palabras. No llevas viudo ni tres meses.

EL RAPTOR: Mi mujer llevaba mucho tiempo muerta aunque se muriera solo hace tres meses. De qué le estabas hablando a tu hija antes.

EL TESTIGO: Estábamos recordando a su amiga de la infancia. Veo que todavía no has quitado el cartel de su rostro en tu ventana. Y mi hija ni siquiera la recuerda.

EL RAPTOR: Para mí sigue viva en mi recuerdo. Más viva que mucha gente viva y menos muerta que mucha gente muerta.

EL TESTIGO: Podías quitar ese cartel amarillento. Ya nadie lo tiene puesto en ningún lado. Y podría dar que pensar a más de uno.

EL RAPTOR: Ella sigue siendo la niña de mis ojos.

EL TESTIGO: Le has contado eso a mi hija. Para que no le den los celos póstumos.

EL RAPTOR: A tu hija. Tu hija no le llegaba a esa niña ni a la suela de los zapatos. Ella era un ángel. Ella es un ángel. Es mi ángel de la guarda.

EL TESTIGO: Me voy para dentro. No estoy para escuchar más sandeces esta noche. Y lo mejor de todo será morirme antes de tener dentro de mi casa a un yerno asesino.

EL RAPTOR: Qué murmuras entre dientes, viejo chocho. Te tiemblan las encías desdentadas y me da grima solo de escucharte.

EL TESTIGO: Una letanía del infierno. Allí es donde acabarás muy pronto.

EL RAPTOR: Por fin se marchó este viejo de boca putrefacta. Menos mal que ella me acompaña siempre en mis sueños y mis pensamientos. Que negra se ha quedado la noche. Quién se remueve en la fronda oscura de la higuera..

LA NIÑA: Hola Amador.

EL RAPTOR: Hola Irene. Cómo tú aquí.

LA NIÑA: Ya veo que no esperabas mi visita.

EL RAPTOR: Iba a entrar a casa. Mañana tengo que madrugar. Debo levantarme pronto a abonar los viñedos.

LA NIÑA: Ya los abonaste con mi sangre.

EL RAPTOR: Por qué has venido a verme. Esta noche estoy muy borracho y asqueado.

LA NIÑA: Sabes que hoy es nuestro aniversario.

EL RAPTOR: Qué aniversario.

LA NIÑA: Hoy es el aniversario de mi muerte. Han pasado siete años desde entonces.

EL RAPTOR: Siete años ya. Quién lo diría.

LA NIÑA: Sí, quién lo diría. Y veo que te has hecho novia de mi mejor amiga. Enhorabuena.

EL RAPTOR: No es mi novia. Es solo una amiga más para salir de cachondeo. Espero que no te haya molestado.

LA NIÑA: A estas alturas qué puede molestarme.

EL RAPTOR: Cómo te encuentras.

LA NIÑA: Después de siete años abonando tus viñedos, cómo quieres que me encuentre. Imagínatelo. Estoy ahogada en mi propia podredumbre. Y ya no siento el peso de mis huesos.

EL RAPTOR: Yo no quería hacerte daño, pero tú me provocaste.

LA NIÑA. Y cómo puede provocarte una niña de 14 años.

EL RAPTOR: Te subías a la higuera cada sábado. Y me mostrabas tus muslos abiertos y desnudos.

LA NIÑA: Nunca lo hubiera echo si supiera que tus ojos enfermos me miraban.

EL RAPTOR: ¿Y no vas a perdonarme ?

LA NIÑA: Era una niña de 14 años y tenía toda la vida por delante.

EL RAPTOR: Yo no quise hacerte daño, pero te pusiste a gritar como una loca.

LA NIÑA: Hubiera hecho lo que me hubieras dicho con tal que me dejaras viva. Convertirme en tu puta para siempre. Como ha hecho mi buena amiga Alba.

EL RAPTOR: Lo siento. Yo también perdí a mi hija cuando no tenía más de 7 años.

LA NIÑA: Nadie tuvo la culpa de eso sino la fatalidad, sin embargo tú eras dueño de tus manos. Tus manos podían haberme dejado esa noche en casa de mis padres, tus manos podían no haberme desgarrado la blusa, tus manos podían no haber abierto mis piernas, tus manos podían no haberme machacado la cara con una pala, ni enterrarme debajo de la tierra, ni dejar mi cuerpo oculto alimentando las raíces de tus viñas.

EL RAPTOR: Te he dicho que lo siento. Siento, siento en el fondo de mi alma todo lo que ocurrió entonces. Yo ayudé más que nadie a la hora de buscarte. Todavía conservo el cartel con tu foto en mi ventana.

LA NIÑA: Eres patético. Tú creaste vanas esperanzas buscándome cuando todavía tenías las manos manchadas con mi sangre virgen. Cuando todavía llevabas mi aliento último en tu boca maloliente.

EL RAPTOR: Haría todo lo que fuera por darte la vida de nuevo.

LA NIÑA: Demasiado tarde. Demasiado tarde. Demasiado tarde.

EL RAPTOR: Puedo subir contigo hasta la higuera.

LA NIÑA: Todavía no. Espera un momento.

EL RAPTOR: Qué llevas enlazado entre tus manos.

LA NIÑA: No puedes verlo de momento, aunque muy pronto se te hará visible. Dime cómo están mis padres.

EL RAPTOR: Bueno, están muy tristes y desconsolados.

LA NIÑA: Hazme un favor si no te importa.

EL RAPTOR: Qué quieres. Lo que sea. Haré todo lo que esté en mi mano.

LA NIÑA: Llévalas una caja de vino de tus viñas.

EL RAPTOR: Se la ofrecí y no la aceptaron. Dicen que no tienen nada que celebrar.

LA NIÑA: Diles que ese vino está abonado con mi sangre mis huesos mis ojos y mis manos.

EL RAPTOR: Cómo les voy a decir eso. Estás demente. Entonces no lo beberían.

LA NIÑA: Está bien. Entonces ponles mi nombre solo mi nombre escrito en una nota.

EL RAPTOR: Está bien. Ahora mismo se lo dejaré sin falta. Qué más puedo hacer por ti.

LA NIÑA: Quitar ese cartel de tu ventana. Quiero que me olvide todo el mundo. Olvidé mis ojos inocentes y mi sonrisa radiante de mis 14 años.

EL RAPTOR: Yo me acuerdo de ti todos los días. Eres la niña de mis ojos.

LA NIÑA: No lo hagas. No me recuerdes más. Yo no soy nadie. Era una niña de 14 años con toda la vida por delante.

EL RAPTOR: Yo desearía que estuvieras viva, para besarte, cuidarte y abrazarte.

LA NIÑA: Ya es demasiado tarde para eso.

EL RAPTOR: Qué quieres que haga entonces.

LA NIÑA: Lleva esa caja de vino a mis padres y después vuelve a la higuera cuanto antes.

EL RAPTOR: Me estarás esperando en lo alto de la higuera.

LA NIÑA: Te estará esperando tu conciencia negra colgada de la rama más alta.

EL RAPTOR: No sé qué es lo que pretendes.

LA NIÑA: A buen entendedor...

EL RAPTOR: Pocas palabras bastan

LA NIÑA: A qué esperas.

EL RAPTOR: Si pudiera darte otra vez la vida.

LA NIÑA: No habérmela quitado.

EL RAPTOR: Fue un segundo en que me hundí en una sima de negrura.

LA NIÑA: En un segundo se puede matar a un santo. Pero tú no tardaste un segundo.

EL RAPTOR: Por qué me miras así con esos ojos.

LA NIÑA: No tengo ojos con qué poder mirarte. No se tarda un segundo en raptar a una niña, en violarla 10 veces hasta el alba, y en machacarle la cara los ojos la boca el cuello a palazos, y en enterrarla debajo de unas viñas.

EL RAPTOR: Es como si sintiera que hubiera sido otro el que lo hubiera hecho.

LA NIÑA: Ese otro no fuiste sino tú.

EL RAPTOR: Ahora me siento otra persona. Te lo juro por Cristo redentor.

LA NIÑA: Fuiste tú quien me raptó, me violó y me asesinó. El que luego ocultó mi cuerpo a todo el mundo. El que infundió a mis padres vanas esperanzas. El mismo que eres ahora.

EL RAPTOR: No es verdad. Es como si hubiera nacido en mí un hombre nuevo.

LA NIÑA: No te engañes. Los labios que besaron entonces mi boca y las manos que machacaron mi cara, son las que besan y acarician ahora las de mi antigua amiga Alba.

EL RAPTOR: Nunca besé unos labios tan dulces como los tuyos.

LA NIÑA: Vete ya a cumplir mi recado.

EL RAPTOR: Mira para que veas todo lo que me importas. Todavía conservo tu móvil. Si quieres ahora mismo llamamos a tus padres y hablas con ellos.

LA NIÑA: Yo ya no puedo hablar con mis padres ni tampoco con mi amiga Alba. No ves que estoy muerta y enterrada para siempre. Y solo puedo anidar en tu conciencia.

EL RAPTOR: Que tienes entre las manos.

LA NIÑA: Estoy cosiendo tu última camisa. Se hará visible cuando vuelvas.

EL RAPTOR: Quieres que te haga compañía en el infierno. Estás cosiendo mi mortaja.

LA NIÑA: No te retrases más. Y déjame el móvil mientras tanto.

LA MADRE: Mi marido se sirve otro vaso de vino. Lo huele y lo prueba. Luego tose... No te gusta.

EL PADRE: Hace tanto tiempo que no pruebo el vino que no sé.

LA MADRE: Dame un poco más.

EL PADRE: Se te va a subir a la cabeza.

LA MADRE: Suena el teléfono.

EL PADRE: Sí, suena el teléfono.

LA MADRE: Quién será a estas horas.

EL PADRE: Mira a ver...

LA MADRE: Ay, Dios mío. No puede ser...

EL PADRE: Qué pasa.

MADRE: Es nuestra hija... Es el móvil de Irene. No ves que aquí aparece su nombre.

EL PADRE: No puede ser.

LA MADRE: Mira, mira su nombre. Estás escrito con todas las letras.

EL PADRE: No contestas.

LA MADRE: Me he quedado sin voz. Contesta tú mejor.

EL PADRE: No puede ser... Irene Irene... eres tú...

LA MADRE: ¿Qué pasa? ¿No te habla?

EL PADRE: Espera.

LA MADRE: Déjame a mí. Irene. ¿Eres tú? Ha colgado. Vamos a llamarla.

EL PADRE: No no ha colgado. Sigue ahí.

LA MADRE: Por qué no habla.

EL PADRE: No sé... parece que quisiera hablar... pero no puede...

LA MADRE: Se oye algo.

EL PADRE: Sí se oye algo.

LA MADRE: Un ruido extraño...

EL PADRE: Sí... es ... es el viento que está agitando las ramas de la higuera.

LA MADRE: Ha colgado.

EL PADRE: No sé. Se ha colgado solo.

LA MADRE: Déjame llamarla otra vez. Ya verás como ahora contesta. Todavía podemos mantener una llama de esperanza.

EL PADRE: Irene no va a aparecer.

LA MADRE: ¿Por qué lo sabes?

EL PADRE: Porque este vino está abonado con su sangre.

LA MADRE: Qué estás diciendo. Otra vez nos está llamando nuestra hija. Es ella. ¿Es que no vamos a contestar?

Deba-Madrid, 8 de agosto-5 septiembre de 2008.